

ESCALOFRIOS DE MUERTE

ADA CORETTI


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

204. — *La dama de los 500 años* – Clark Carrados.
205. — *El protegido* – Ralph Barby.
206. — *Muerte con luz de gas* - Curtis Garland.
207. — *Lunaville* - Silver Kane.
208. — *Puerta a la muerte* - Alf Regaldie.

ADA CORETTI

ESCALOFRIOS DE MUERTE

Colección
SELECCION TERROR n.° 209
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-025064
Depósito legal: B. 46.667 - 1976

Impreso en España —Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. *A*.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona —1977

CAPITULO PRIMERO

AQUEL caserón, que alguien tuvo la alucinante idea de construir junto a las aguas cenagosas del pantano, pertenecía en la actualidad a Gerald Mulligan.

O mejor dicho, Gerald Mulligan se había casado recientemente con su propietaria, Mara Sanders, una mujer nerviosa, excitable, que hacía ya tiempo que había dejado atrás la juventud, y que vio la última oportunidad sentimental de su vida en aquel hombre de unos cuarenta y dos años, pequeño y delgado, de pupilas aceradas, frías como un «iceberg».

Pero Mara Sanders no tardó en lamentar su boda.

Pronto se convenció de que su marido estaba rematadamente loco.

Cada atardecer, Gerald Mulligan descendía al amplio sótano del caserón. No dejaba que nadie le siguiera desde que aquello lo había arreglado a su gusto. No quería que fisgonearan en sus asuntos. En ese lugar permanecía hasta medianoche, si es que no optaba por seguir allí hasta el día siguiente.

¿Qué hacía…?

Mara Sanders lo supo casi desde el primer momento. Había conseguido que Dorian, el criado de la casa, le facilitara una copia de la llave que Gerald Mulligan guardaba celosamente en su poder.

Siempre recordaría cuando, sabiendo a su marido en la cercana localidad de Peyssen, metió la llave en la cerradura de aquella puerta.

¡Oh, sí!, sentía un rapidísimo golpeteo en su pecho. Sabía de sobras, que si su marido se enteraba de aquello, se encolerizaría, y que era de temer cuando dejaba su aparente mansedumbre.

Ya girada la llave, empujó aquella puerta.

Ññññññeeeec…

La puerta había crujido. Ella había dado un respingo.

Pero su sobresalto inicial no fue nada para lo que vino después. Porque allí, en un extremo del sótano, vio tres jaulas de tela metálica, cada una de ellas con una puerta firmemente protegida con una barra de hierro.

Había allí tres serpientes. Cada una de ellas en su jaula correspondiente.

Una de las serpientes era enorme, tan larga que parecía no acabar nunca. Debería medir un mínimo de diez metros. Era de cabeza aplastada, boca grande y piel escamosa, de color verde y amarilla.

Mara Sanders se quedó sin saliva, con los pies clavados, inmovilizados en el suelo, con las rodillas temblándole.

Desde el interior de las jaulas, las tres serpientes, erguido el cuerpo, siniestramente relucientes sus ojos y amenazadoramente silbeante su respiración, le inspiraron un horror sin límites. Un horror

que se desbordó dentro de ella.

Decidió salir de allí.

Cuanto antes.

Al hacerlo, iba tambaleándose como si se hubiera bebido un tonel de vino.

Desde entonces, sintió por su marido un miedo atroz. Un miedo que se hizo mayor, si esto es posible, el día que Gerald Mulligan le dijo:

—Pronto podré demostrar que soy el mejor encantador de serpientes del mundo. Y lo demostraré…—se echó a reír de un modo espeluznante — desde el interior de la jaula de una de mis propias serpientes. ¡Desde el interior…!

—¿Quéeeeee…? — y Mara Sanders cayó al suelo desvanecida.

*

Como cada día, aquel atardecer, que tronaba con inusitada furia y llovía de un modo verdaderamente torrencial, Gerald "Mulligan se dirigió una vez más hacia el sótano.

Y allí estuvo varias horas, dando órdenes a aquellas tres serpientes, haciéndose obedecer con la fuerza terriblemente acerada y fría de sus penetrantes pupilas. Pero no, aquel día sólo dos de aquellas serpientes le habían obedecido. La otra se había negado a toda exigencia, mostrándose rebelde, feroz…

—¡Hoy estás insoportable, «Matti»!—había barbotado Gerald Mulligan en más de una ocasión.

Acabó agotado. Como siempre. Aquello le exigía un esfuerzo supremo, casi inhumano.

Como sea que terminara sudando a borbotones, chorreando transpiración por todos los poros de su piel, se quitó la ropa. Solía hacerlo a menudo. Quedó desnudo. Entonces cogió la botella de whisky.

Y empezó a beber a morro. Un trago tras otro, chasqueando de gusto la lengua. A veces, el whisky se le vertía por la comisura de los labios y se secaba con el dorso de la mano.

Acabó borracho. También eso solía suceder.

Quedó dormido allí mismo, estirado en el suelo de cualquier manera, roncando aparatosamente.

Y sólo entonces, cuando Gerald Mulligan no podía darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor, alguien se acercó a él.

Alguien que no se sabía exactamente por dónde había llegado hasta allí. Pero había llegado, y sigilosamente, sin hacerse notar, como una sombra.

Se fue, tras una corta vacilación, hacia una de las jaulas. Donde la más grande de las tres serpientes, la que Gerald 'Mulligan llamaba «Matti», se hallaba dando inequívocas muestras de ferocidad…

Pero, claro, aquello no era de extrañar. Hacía tres días que el terrible ofidio no comía.

Gerald Mulligan le había puesto su ración cada mañana, por descontado que sí. Pero, qué duda cabe, había sabido darse buena maña en quitársela…

Levantó la barra de hierro y entreabrió la puerta de tela metálica. Acto seguido, retrocedió, desapareció de allí. Ya había hecho lo que tenía que hacer.

Lo demás rodaría solo…

*

La serpiente se fue deslizando, primero a través de la puerta de tela metálica, después sobre el suelo del sótano. De un modo inexorable. Ondulaba su cuerpo, de derecha a izquierda, una, dos, tres veces, en unos zigzags aterradores.

Gerald Mulligan seguía roncando. No se apercibía de nada. Ni el sonido de la lluvia, que seguía cayendo torrencialmente, ni el ruido de los truenos, le hacían cambiar de postura.

La serpiente llegó hasta los pies de Gerald Mulligan. Tras alzarse y oscilar su cabeza como un siniestro péndulo, súbitamente se abrieron sus fauces y los dos pies desaparecieron enteramente en su interior. En un gesto de descenso, rapidísimo, espeluznante.

Gerald Mulligan siguió sin moverse, sin agitarse. Incomprensiblemente. Demencialmente.

La serpiente siguió tragando, engullendo poco a poco. Pero sin parar, sin detenerse. Así que, instantes después dentro de su cuerpo estaban ya las piernas de Gerald Mulligan.

Quien seguía sin despertar, sin volver de su abrumadora borrachera, sin darse cuenta de la pavorosa y demencial situación en la que se encontraba.

La serpiente seguía ingiriendo, pasando hacia adentro los miembros inferiores de su presa.

Poco después, la enorme boca del reptil, increíblemente dilatada, había alcanzado ya el pecho de su domador. Ahora tenía que hacer fortísimas contracciones para conseguir que los brazos y los hombros de su víctima pasaran por sus fauces.

Lenta, inexorable y pavorosamente se iba consumando la aterradora tragedia.

Gerald Mulligan no volvía de su borrachera…

*

La estancia más acogedora del caserón era la biblioteca. Allí había estantes con cientos y cientos de libros, y cómodos y mullidos sillones. Había asimismo un mueble-bar muy bien surtido, donde Mara Sanders acudía frecuentemente para darse esos ánimos que últimamente tanto le estaban faltando.

Aquella noche, Mara Sanders se hallaba allí con sus cuatro sobrinas, Jessica, Joanna, Melania y Elisabeth. Acababan de reunirse con ella, lo que parecía haberla tranquilizado algo. En realidad, se sentía nerviosa, excitada, como acuciada por algún terrible aunque aún indefinido presentimiento.

Fuera del caserón, la tormenta persistía, más bien arreciaba. Había para rato.

Una luz lívida rasgó el cielo, negro como un sudario. La claridad cárdena, fantasmal, se coló a través de los cristales de la ventana. La lluvia daba contra ellos, y chorreaba hacia abajo rápidamente.

—Bien, ya rae tienes aquí, tía Mara — dijo Jessica, que era una muchacha muy guapa, alta, espigada, de cabellos oscuros y mirada decidida—. Tanto me has escrito pidiéndome que viniera, que finalmente, ya lo ves, no he sabido negarme.

—Te lo agradezco mucho, Jessica. — Mara Sanders intentó esbozar una sonrisa, pero sólo consiguiendo una mueca—. Faltabas tú…

—¿Para qué? — quiso saber la muchacha—. ¿Para estar, con mis otras tres hermanas, Joanna, Melania y Elisabeth, haciéndote compañía? Por favor, tía, que tú tienes ya a tu marido y…

Te lo ruego — detuvo sus palabras con un gesto angustioso — no me lo nombres siquiera. Me aterroriza el solo hecho de pensar en él.

—¡Tía! —y luego de su exclamación llena de asombro—: Te imaginaba muy enamorada de él.

Eso pasó…—le dijo Elisabeth, la hermana mayor, que se parecía bastante a Jessica, aunque sin ser tan guapa como ella. Desde luego las cuatro tenían rasgos semejantes—. Ya no le ama.

—¿Qué ha sucedido? — preguntó la muchacha que acababa de dejar su empleo en Londres para reunirse con sus tres hermanas y su tía Mara en aquel caserón—. Hace apenas unos meses que os casasteis…

Joanna, que al igual que Melania y Elisabeth vivía desde pequeña en aquella casa, respondió:

—Si conocieras mejor a tío Gerald, no te extrañaría… Pero tú, Jessica, llevando en Londres una vida libre e independiente, estás al

margen de todo y no tienes por lo visto la menor idea…

—He venido, ¿no? Pues ahora podéis contármelo todo — y reparando en la expresión atormentada de su tía—: Te ayudaré todo lo que pueda, tía Mara. Ya me conoces, y sabes que te quiero de veras. Sólo que, este caserón, este ambiente, este lugar, me deprimía… Hubiera acabado con mis nervios, con mi salud… Por eso preferí irme lejos, a vivir de otro modo…

No prosiguió.

De súbito, Mara Sanders se levantó de su asiento y profirió un grito. Pero se había llevado las manos a la boca para ahogarlo, por lo que apenas salió de sus labios.

—¡Algo muy malo le está sucediendo a Gerald…! — jadeó, instantes después. Y sin poder contenerse—: ¡Debo ir al sótano!

—Señora…—dijo Dorian, el criado de la casa, que casualmente se hallaba presente—, ya sabe usted que el señor no quiere que usted vaya allí…

—Eso era antes, al principio. Ahora él mismo, frecuentemente, me conduce hacia ese endemoniado lugar. Tú ya lo sabes, Dorian.

—Sí, señora, lo sé. Ahora ya no es lo mismo que al principio. Pero, de todos modos, el señor no quiere que usted, cuando él está allí encerrado…

—Tengo una llave — repuso Mara Sanders—. ¡Entraré allí! ¡Algo horrible le está sucediendo a Gerald! ¡Lo intuyo…!

Como una posesa se precipitó fuera de la estancia y se dirigió hacia el sótano. Ya allí abrió aquella puerta. Sin vacilaciones. No, ahora no podía tenerlas.

Sus cuatro sobrinas le habían seguido. Dorian también.

Cuando la puerta quedó abierta, el espectáculo que se presentó ante sus ojos resultó tan horripilante, tan aterrador, que unos y otros necesitaron hacer un esfuerzo infrahumano para seguir en pie.

La enorme serpiente había engullido ya casi por completo a Gerald Mulligan. Sus fauces se hallaban ahora apenas a dos centímetros de su cuello. Sólo faltaba por devorar la cabeza.

Gerald Mulligan seguía sin volver en sí, y sin agitarse, sin siquiera moverse. Vencido por completo por su borrachera.

La serpiente seguía engulléndole, tragándole…

Los seis espectadores de aquella escena, vieron, con los ojos dilatados por el terror, como dentro de aquellas fauces desaparecería hasta el último cabello de aquella cabeza.

La serpiente quedó con un colosal abultamiento en la parte central de su cuerpo. Fue la única huella visible de la presa que había ingerido tan pavorosamente.

Tras presenciar esa demencial escena, presos de pánico, cerraron de nuevo la puerta. Y huyeron de allí.

Pero Mara Sanders fue en busca de una escopeta. Mataría a la serpiente. ¡Tenía que matarla!

De nuevo en su presencia, alzó la escopeta y apuntó. Estaba decidida a acabar con el ofidio. Allí cerca se hallaban sus cuatro sobrinas y Dorian, el sirviente. Todos tan espantados como ella.

Pero cuando ya iba a apretar el gatillo, oyó la voz de Gerald Mulligan. ¡Su propia voz! ¡La hubiera reconocido entre mil!

—No dispares, Mara… ¡No dispares! ¡Yo no estoy muerto y me matarías si dispararas…!

Capítulo II

SIEMPRE había acudido puntual al trabajo, pero Cornell Redd, aquella mañana, llegó con una hora de retraso. No había oído el despertador. Lo que no resultaba de extrañar, teniendo en cuenta que había estado hasta las tres de la madrugada en una sala de fiestas, bebiendo y bailando con una atractiva y exuberante rubia platino.

Esta se llamaba Loretta Angus, y se había despedido de él diciéndole que le telefonearía así que regresara de un pequeño viaje que tenía que hacer. Tardaría tres o cuatro días, como máximo.

Cornell Redd, pues, llegó tarde a la Agencia de Seguros. Convencido, por descontado, de que su jefe iba a sermonearle. Solía hacerlo por cualquier cosa.

Pero así que le vio, su jefe le saludó con toda afabilidad. Lo que, francamente, no solía hacer casi nunca. Incluso le dio varias palmadas en la espalda.

—¿Qué bicho le habrá picado…? — masculló entre dientes Cornell Redd, receloso, pues le conocía demasiado para fiarse lindamente de las apariencias.

—Cornell… — no tardó en decirle su jefe—, tengo un trabajo para ti. Un trabajo delicado, en el que espero que pongas tu máximo interés.

—Mañana empiezan mis vacaciones… — recalcó—. El verano pasado tuve que dejarlas para otra ocasión, ¿lo ha olvidado? Pues yo no — hizo constar el joven de complexión atlética, de anchas espaldas, con más de un metro ochenta de estatura.

—Puedes dejar tus vacaciones para el mes que viene, ya no te viene de un poco… ¡Tienes que dejarlas! — exclamó—. Estoy en un apuro y es preciso que me ayudes.

—¿Sí…? — inquirió, a la espera de que su jefe le ampliara la noticia.

—Acabo de recibir una carta. Es de una muchacha encantadora, a la que conocí casualmente. No, no te imagines ningún devaneo… Soy casado, mayor y formal; ciertas cosas las dejo para ti… Pero la chica me resultó muy simpática, así que le ofrecí mis servicios… Podía llegar un día que los necesitara.

—Siga, jefe.

—Ha llegado ese día. Y me pide que vaya yo personalmente a sacarla de la aterradora encrucijada en que se encuentra metida.

—Pues vaya, jefe. Tiene mi permiso.

—No puedo ir… — le comunicó—. Hace más de tres meses que le tengo prometido a mi esposa llevarla de viaje, precisamente por estas fechas, a contemplar las Cataratas del Niágara. Va a hacer veinticinco años de nuestra boda, ¿comprendes?

—Comprendo que quiere enviarme a mí — hizo un gesto de desaliento y a la vez de resignación.

—Perfectamente deducido. Eres un chico listo.

—¿Y por qué no envía a otro? — preguntó—. No soy el único que está a sus órdenes.

—Ninguno de mis detectives vale lo que tú.

—¡Vaya, ésta es la primera vez que me lo dice! — respiro hondo, con satisfacción—. Ya era hora.

—¿Para qué tenía que decírtelo, si tú estás ya convencido de ello? ¿Para recrearte los oídos?

—Bueno, dígame de qué se trata. Me imagino que no será ninguna perita en dulce cuando me la adjudica.

—Se ve que un tal Gerald Mulligan fue devorado por una serpiente…

—¡Demonios! —exclamó—, Sí que empieza bien el asunto.

—Pero Gerald Mulligan sigue viviendo…—prosiguió el jefe de la Agencia de Seguros.

—¿Cómo ha dicho…? — Cornell Redd colocó las manos por delante, sobre la mesa que les separaba, y se inclinó hacia su jefe—. Creo que no he oído bien.

—Lo has oído perfectamente. El hombre tragado, engullido por la enorme serpiente, sigue viviendo.

—¿Ah, sí…?

—Y le habla a su esposa.

—¿Ah, sí…? — repitió.

—Se trata, en suma — concluyó — de averiguar qué hay de cierto en todo eso. La muchacha que pide mi colaboración, mi ayuda, se llama Jessica. La encontrarás en las afueras de la localidad de Peyssen, en un caserón. Allí vive con su tía, Mara Sanders, y con sus tres hermanas, Joanna, Melania y Elisabeth… Esto es todo, Cornell arréglatelas lo mejor que sepas.

—Muy amable, jefe.

Ya estaba el joven en la puerta, cuando su jefe, para endulzarle la píldora, le comunicó.

—Cobrarás doble.

Cornell Redd sonrió:

—Esto ya me parece mejor.

—Buena suerte… —y cuando el joven hubo ya cerrado la puerta tras de sí, masculló—: Me parece que vas a necesitarla.

*

Con su coche nuevo, recién adquirido, había dejado ya atrás

Peyssen, una localidad que de acogedora no tenía nada. Aunque tal vez se debiera esa sensación, a la lluvia persistente, tenaz, que no dejaba de caer sobre sus calles.

Menguó la velocidad. A menos de medio kilómetro veía una estación de servicio. Repostaría, mientras hablaba un poco con el empleado. Eso podía irle bien.

Detuvo el coche bajo el toldo de uralita y se apeó. Su pantalón de color beige y su jersey azul oscuro, de cuello alto, le conferían un aire desenvuelto y dinámico. Sacó un cigarrillo.

—Oiga — dijo poco después al empleado que salió a atenderle—, ¿qué me puede contar usted del caserón?

—¿De cuál de ellos? — preguntó el muchacho pecoso que quiso hacerse simpático para ganarse una buena propina.

—¿Hay más de uno?

—Hay dos.

—No lo sabía.

—El primero de ellos pertenece al doctor Jason Wittoes, un hombre al que casi nadie saluda con agrado. La gente de aquí dice que es más malo que el diablo.

—¿Y eso es cierto? — indagó.

—No lo sé. Yo sólo sé lo que dicen de él, que francamente no es nada bueno.

—¿Qué dicen…?

—Qué años atrás era cirujano, famoso y lleno de ambición, pero que en cierta ocasión, sobre la mesa de operaciones, mató a sabiendas a uno de sus pacientes… Era éste un hombre rico, poderoso, así que el escándalo que se armó fue mayúsculo. Desde luego no pudo probarse su culpabilidad, pero fue expulsado del Colegio de Médicos. Entonces vino aquí. Vive completamente solo.

—¿Qué me cuenta del otro caserón?

—El otro está situado junto al pantano, en cuyas cenagosas aguas es muy fácil hundirse para ya no volver nunca más a la superficie. Allí habita Mara Sanders, una mujer ya mayor, cuyo marido estaba loco… Criaba serpientes, o algo así… Una de esas serpientes, hace poco, le tragó… No se comprende cómo pudo suceder, pero la verdad es que sucedió… Mara Sanders vive allí con sus cuatro sobrinas, Elisabeth, Joanna, Melania y Jessica…

—¿Qué tal son esas cuatro muchachas?

—Muy bonitas. Una de ellas guapísima…

—¿Con novios?

—No. Bueno, Jessica, que es la guapa, que normalmente vive en Londres, no sé… Pero Elisabeth, Melania y Joanna siguen sin que nadie las quiera… Debe ser porque no es cierto lo que antes se aseguraba…

—¿Qué se aseguraba?

—Que Mara Sanders, la tía de las muchachas, era muy rica, y que estaba dispuesta a dotarlas muy bien, pero, claro, debían ser simples habladurías. De ser cierto eso, las chicas habrían encontrado ya novio… Ya se sabe, en cuanto hay dinero…

—Sí, supongo —asintió. Y acto seguido—: Dígame, ¿reciben muchas visitas?

—No muchas. Alguna que otra vez al doctor Jason Wittoes. Cada dos o tres semanas, a una señora ciega, llamada Yvette Blair, que vive en una sencilla casa de Peyssen y que es muy amiga de Mara Sanders. No reciben a nadie más que yo sepa.

—¿Tienen coche? — preguntó Cornell Redd a continuación.

—Sí. Un viejo coche que ahora suele conducir Dorian, el criado de la casa.

—¿Antes quién lo conducía?

—Gerald Mulligan, el marido de Mara Sanders, el hombre que fue devorado por aquella horrible serpiente…

—¿Y Mara Sanders, y sus sobrinas, no conducen nunca el coche?

—No, nunca — aseguró—. No saben conducir.

—Bien, amigo — le tendió un billete—. De momento no necesito saber más. Gracias por su información.

Capítulo III

LLAMÓ a la puerta del caserón. Lo hizo sin demasiadas prisas porque en aquel momento apenas lloviznaba. Había dejado el coche allí cerca, a menos de diez metros, junto a los tres únicos árboles que había en aquella zona tan inhóspita, tan árida, y tan lúgubremente pantanosa.

Antes de que le abrieran, consultó su reloj de pulsera. Eran ya las nueve de la noche.

Cuando, poco después, Dorian le franqueó la entrada, Cornell Redd le echó la vista encima de forma analítica Sabía que tenía que observar, como con rayos X, a todos los que habitaban bajo aquel techo. Sólo así podría llegar pronto a alguna deducción válida.

—Soy el señor Redd… Cornell Reed — se presentó—. Venía a hablar con la señorita Jessica… Me está esperando…

Dorian tendría unos sesenta años. Era de mediana estatura, de complexión normal. Nada en él llamaba la atención.

—Pase usted, señor. Por favor, por aquí…

Le condujo a una estancia situada a la derecha del amplio vestíbulo. Era una estancia discretamente amueblada.

—Tenga la amabilidad de aguardar unos instantes.

Mientras esperaba, observó los cuadros que pendían de las paredes. Eran agradables de mirar, pero no valían auténticamente, así que sin duda debían haber sido adquiridos a muy bajo precio.

—Señor Redd…

Se volvió hacia la agradable voz femenina que había sonado a sus espaldas.

—¿Señorita Jessica…? —y pensó, al verla tan guapa, que dé haberse cruzado con ella en una calle posiblemente se le hubiera escapado un silbido.

—Sí, yo misma — ratificó ella. Quien le hizo saber— Acabo de hablar por teléfono con su jefe. Lamento que él no haya podido venir, pero me ha asegurado que en usted puedo poner toda mi confianza, que es usted un joven competente y eficaz que sabrá sacarme del embrollo en que me hallo metida…

—Delo por hecho — aseguró Cornell Redd, sonriendo.

Jessica cerró la puerta. Luego indicó un asiento al mejor hombre que tenía aquella Agencia de Seguros. Ella se sentó frente a él, cruzando unas piernas tras las que se fueron, por unos instantes, los atrevidos ojos del recién llegado.

—Supongo que ya está informado…—empezó a decir ella.

—De algo al menos, sí. — Lo que no le impidió decir instantes después—: Pero saber eso y no saber nada, viene a ser lo mismo… Espero que usted me facilite los máximos detalles e indicios, para

facilitarme la tarea.

—Mire, señor Reed — repuso la muchacha—, yo quisiera irme de aquí y no pensar más en lo sucedido. Yo trabajo en Londres, ¿sabe?, y vivo de manera independiente, sin plantear problemas a nadie y sin que nadie me los plantee a mí. Pero ahora, honradamente, no puedo irme… Aquí viven mi tía y mis tres hermanas,-y presiento que las cuatro están en peligro de muerte. Con ese presentimiento encima, hágase cargo, no puedo dejarlas…

—Sí, claro. Pero, dígame, ¿por qué presiente eso? ¿Qué le hace temer que estén en peligro sus vidas?

—Todo.

—¿Todo? — preguntó.

—A partir de la tragedia, aquí ya nada de lo que sucede es normal.

—Sea más explícita, se lo ruego.

—Empezaré por el principio.

—Una buena manera de empezar—aseguró, mientras de nuevo miraba atrevidamente sus piernas.

—Oiga — le llamó la atención la muchacha—, que usted ha venido aquí a sacarme de un lío, no a echarme miradas como ésa… Yo no soy ninguna vedette.

—Podría serlo — aseguró Cornell Redd, sonriendo—, y de las mejores. Encantos no le faltan.

—Muy amable, pero… éste no es un momento adecuado para bromear. El asunto es muy grave.

—Por lo poco que sé, eso he deducido. Siga con su narración de los hechos, y discúlpeme la involuntaria interrupción…

—La serpiente se tragó a mi tío Gerald, esto ya debe usted saberlo. No, no caben dudas al respecto… Fuimos seis las personas a contemplar el horrible y siniestro espectáculo… Mi, tía Mara, mis tres hermanas, Dorian, el criado, y yo… Pues lo dicho, la serpiente le engulló… Había bebido, estaba borracho y ni siquiera se despertó.

*

—¿Cómo pudo la serpiente llegar hasta su tío Gerald? ¿Acaso no se hallaba debidamente encerrada?

—Sí, en una jaula.

—¿Y pudo salir…?

—Tío Gerald se olvidó, por lo visto, de dejar colocada la barra de hierro. La puerta debió, pues, entreabrirse, y por allí…

—Comprendo. Hasta donde…—especificó — todo eso puede comprenderse. Prosiga, se lo ruego.

—Tía Mara fue a buscar una escopeta, dispuesta a matar a la

serpiente, pero cuando iba a disparar..

Le explicó lo sucedido, sin poder evitar que las pupilas se le agrandaran presas del pánico que le producía el solo hecho de recordar aquello.

—¿Oyó usted a su tío Gerald, una vez éste se hallaba ya en el interior de la serpiente?

—Sí — dijo Jessica—, fui tras mi tía Mara, y oí aquellas palabras, pidiéndole que no disparara, pues vivía…

También estaban conmigo mis tres hermanas, y Dorian… Todos lo oímos…

—¿Qué más sucedió? — preguntó Cornell Redd.

—Tía Mara huyó del sótano, horrorizada… Nosotros huimos con ella. Habíamos de volver, sí, pero ya para entonces las serpientes habían desaparecido.

—¿Las serpientes? — inquirió Cornell Redd—. Eso quiere decir que había más de una.

—Habían tres. Cada una en su jaula de tela metálica. Pero cuando regresamos, las puertas de las tres jaulas estaban abiertas y los tres reptiles ya no se hallaban allí. Tía Gerald debió olvidarse de colocar las tres barras. Y debieron huir por las ventanas altas del sótano, que dan a la parte trasera del caserón, es decir, a la zona del pantano…

—¿Qué más? — preguntó.

—Con lo que le he contado, acaba el primer acto.

—¿Cuándo empieza el segundo?

—Quince días más tarde… Con el hecho más inesperado e insólito. Tía Mara vuelve a encontrarse con la serpiente que engulló a su marido. En su abdomen ya no había bulto ninguno, por lo que resultaba fácil deducir que la digestión llegó a buen término… Pero tío Gerald, por lo visto, sigue viviendo allí dentro y habló nuevamente con tía Mara…

—¿Quién oyó esas nuevas palabras? — preguntó—. ¿Usted, sus hermanas, el criado?

—En esta ocasión, sólo mi tía Mara… Se encontró a la serpiente junto a la orilla derecha del pantano… No, no había nadie más…

—Bien, ¿qué le dijo su marido?

—Que saque dinero de su cuenta corriente y que lo deje en un lugar determinado. Que de eso depende su -existencia.. Nada más.

—¿Y cuánto dinero le dijo que sacara del Banco…?

—Cuarenta mil libras.

—Una bonita cantidad… — Cornell Redd chasqueó la lengua—Yo la quisiera para tomarme unas buenas vacaciones.

Tía Mara respondió… que necesitaba tiempo para decidir. En fin, de momento esto es todo. No hay más.

—No puedo decirle que sea poco… — comentó Cornell Redd

—¿Deduce algo?

—No soy tan rápido.

—Disculpe…—se excusó—. Estoy tan nerviosa… Sobre todo ahora, que mis hermanas se empeñan en negar aquello.

—¿Qué es aquello? — se interesó.

—Que mi tío Gerald, después de ser engullido por la serpiente, le pidiera a tía Mara que no disparara la escopeta… Dicen que no es cierto, que no oyeron nada, que al principio estaban trastornadas y que les pareció oír su voz, pero que no, que ahora comprenden que se dejaron llevar por la excitación del momento… En consecuencia, ahora tratan de convencer a tía Mara de que aquello fueron alucinaciones…

—¿Qué pretenden? ¿Se lo han dicho a usted?

—No hace falta que me lo digan. Ya lo sé.

—Dígamelo.

—No quieren que tía Mara saque dinero de su cuenta corriente y lo deje donde tío Gerald le indica… Modo de conseguirlo, hacerla creer que esas voces son simple producto de su imaginación…

—De todos modos, convenga conmigo, Jessica… permítame que la llame por su bonito nombre… Permítame que le diga que lo sensato es suponer que sus hermanas tienen razón, que todo han sido alucinaciones… Un ser humano que ha sido tragado por una serpiente no puede lógicamente hablar desde su interior…

—¡Yo le oí hablar! — exclamó Jessica.

—Y por lo visto sigue hablando — ironizó — después de que la serpiente ha hecho ya la digestión… Usted misma, hace poco, lo ha indicado más o menos así… Pues francamente cuesta de creer todo esto…

—Mi tía lo asegura… Ha vuelto a hablarle…

—Bien, bien — y yendo hacia algo más positivo—: ¿Qué opina usted, Jessica? Su opinión me interesa.

—Esto es como para perder la razón, es un puro desvarío… Por eso he ido en busca de ayuda. He comprendido que la necesitaba, y que asimismo la necesitan mis hermanas y mi tía Mara.

—Ya me tiene a su lado. Todo se arreglará — y sonriendo—: Por si no lo sabe, soy infalible.

—Me alegro mucho. Que me lo demuestre — y simplificando—: Puede quedarse aquí, señor Redd, todos los días que considere precisos. Mi tía Mara, en un principio, no estaba muy de acuerdo con su presencia, pero ya se le ha pasado; es buena, comprensiva, aunque muy nerviosa, muy excitable, y más después de todo lo sucedido.

—Me hago cargo. ¿Y qué me dice del doctor Jason Wittoes? El vecino de ustedes…

—Ahora viene a menudo por aquí, casi cada noche, Si he de serle

sincera, no me gusta del modo que me mira.

—¿Qué modo es ése?

—Me quita la ropa de encima. Me deja absolutamente sin nada.

—¿Es joven el doctor Wittoes?

—Cuarenta años, más o menos.

—¿De buena presencia? — indagó.

—No está mal. Pero a mí, personalmente, no me gusta nada — dijo ella.

—¿Pues cómo le gustan a usted, Jessica?—preguntó, mirándola atrevidamente—. ¿Cómo yo, más o menos?

La respuesta no se hizo esperar.

—Sí, señor Redd. Pero menos pedantes.

Fue presentado a Mara Sanders, a Joanna, a Melania y a Elisabeth. Ninguna le puso buena cara.

—Va a quedarse con nosotros unos días — les hizo saber Jessica. Y se aventuró a añadir—Él nos ayudará.

—¿A qué? — preguntó tía Mara—. Desgraciadamente está todo muy claro…

—¿Usted cree? — inquirió Cornell Redd, que se percató de que Mara Sanders mostraba una mirada extraviada.

—Sí, claro — afirmó.

Cornell Redd consideró que, de momento, era mejor, más oportuno, no insistir. En ningún sentido. Acababa de llegar. Hubiera podido resultar contraproducente.

Pero Elisabeth intervino:

—Aquí no hace falta un detective, sino un psiquiatra.

—¿De veras? — le dio opción a ampliar su información.

—Un psiquiatra, sí — repitió—. Aquí empezamos a estar todos mal de la cabeza. Bueno, yo no…

—Yo tampoco — corroboró Joanna.

Dejaron de hablar, porque en aquel momento se oyó el aldabón de la puerta principal. Dorian fue a abrir.

Se trataba del doctor Jason Wittoes. A nadie le sorprendió su presencia. Se puede decir que le estaban esperando.

Cornell Redd se dio cuenta de que Elisabeth, Melania y Joanna le miraban con muy buenos ojos.

Pero los ojos del doctor Jason Wittoes se dirigían hacia Jessica y, evidentemente, no para ponerle ropa encima.

Capítulo IV

LE habían destinado una habitación bastante grande, a la izquierda del ancho pasillo del piso, con una ventana orientada hacia las aguas cenagosas del pantano y hacia la espesa y traicionera bruma que lo rodeaba.

La habitación de la guapa Jessica estaba a pocos metros de la suya, después venía la de Elisabeth, al poco la de Melania y seguidamente la de Joanna. La más alejada era la de Mara Sanders.

Antes de acostarse, Cornell Redd pensó en dar un repaso a la casa. La que, con anterioridad, Jessica ya le había enseñado de punta a punta. De todos modos, echarle una nueva ojeada 110 podía estar de más.

Se puso el batín, se ciñó el cordón y salió al pasillo sin hacer ruido.

Todo estaba a oscuras. Todo era silencio.

Bueno, esto es lo que le pareció en un principio. Se equivocó. En el dormitorio de Mara Sanders se oían voces. Quedas, contenidas, pero voces.

Se acercó a la puerta y aplicó el oído a la ranura. Mara Sanders y su sobrina Elisabeth discutían, si bien esforzándose por no ser oídas.

—Te lo ruego, tía, sé razonable… — la voz de Elisabeth temblaba de indignación—. Tú no puedes hacer eso… No puedes hacerlo porque no estás loca… Y tendrías que estarlo, para creer firmemente que tío Gerald vive aún…

—Lo creo. ¡Vive! ¿Acaso no oigo su voz…? ¿Acaso no rae habló y me dijo lo que tengo que hacer…?

—Sí, claro — el acento de la sobrina, ahora, estuvo lleno de sarcasmo—. Debes sacar dinero del Banco y entregárselo… ¡Por favor, tía, que eso no se lo traga ni el más imbécil!

—Tú oíste su voz, cuando me rogó que no disparara… ¿No es cierto? ¡Pues eso demuestra que entonces vivía! Y si vivía entonces, ¿por qué no puede seguir viviendo ahora? Dime, ¿por qué no…?

—Nos pareció oírle, es cierto… A Joanna, a Jessica, a Melania, a Dorian, a mí… A todos nos pareció oírle, no te lo niego… Pero fueron figuraciones nuestras, ¿qué otra cosa podían ser? ¿No comprendes, tía, que un ser humano no puede vivir después de ser engullido por una serpiente?

—Gerald sí. Estoy segura de que Gerald sí.

—Ni él, ni nadie, tía. Sé razonable, por el bien de todos — y añadió—: Si sacas esa cantidad del Banco y se la entregas, ¿qué crees que sucederá después? Que volverá a pedirte más y más, hasta que te arruine.

—No me atrevo a desobedecerle, Elisabeth — le confesó tras una larga pausa—. Tú sabes de sobras cómo era Gerald, cómo es… — se

corrigió a sí misma—. Es capaz de cualquier horror si no le obedezco…

—¿De cualquier horror? — inquirió, estremecida ante aquel tono que Mara Sanders había inferido a sus palabras.

—Sí, eso he dicho — ratificó—. Porque presiento que la mente y la voluntad de Gerald superan el propio instinto de la serpiente, y esto hace que él le mande. ¿Cómo comprender, si no, que la serpiente se me aparecerá y no me atacara…? '

—Deliras, tía. Debieras consultar a un doctor. Al doctor Wittoes, ¿por qué no? Podría ayudarte a curar esa obsesión.

—No es ninguna obsesión. Por eso te digo, Elisabeth, que debo obedecer… Si Gerald manda a la serpiente, a la que le tragó, posiblemente también se puede hacer obedecer por las otras dos… Como antes, cuando las tenía en la jaula… Y si él manda y dirige a las tres, puede ser muy peligroso no acatar sus órdenes…

—Todo esto que dices es simple imaginación por un lado y puras alucinaciones por el otro, nada más. Así que, tía» ¡no sacarás del Banco ni una sola libra!

—Pero si no lo hago… — tembló ostensiblemente la voz de Mara Sanders.

—Hemos vivido modestamente hasta ahora, tía, privándonos de muchas cosas, todo por el maldito empeño de guardar para más adelante… Y luego de tanto añorar trajes y joyas, después de tanto desear lo que nunca hemos tenido, ¿vamos a permitir que un fantasma sé lo lleve todo? Porque se trata de un fantasma, no de tío Gerald… Compréndelo de una vez…

—Nunca he creído en fantasmas. No, en fantasmas, no…

—Creer en que vive tío Gerald, es peor que eso. Así que, te lo repito, tía, ni una libra… ¡Ni una sola! Antes prefiero estar muerta…

—No digas eso — retembló la voz de Mara Sanders—. Suena a mal augurio.

—¡No sacarás nada del Banco! — exclamó Elisabeth—. Prométemelo si no quieres que me vaya de esta casa para no volver…

—Eso no, no…— Jadeo—. ¿Qué iba a ser de mí sin ti, sin vosotras…? Bueno— prometió tras una pausa—. Por lo menos no lo haré hasta que nuevamente hayamos hablado.

—De acuerdo, tía.

—Y ahora, vete, Elisabeth. Es ya muy tarde.

—Sí, ya me voy. Buenas noches, tía.

Cornell Redd retrocedió de la puerta, de nuevo hacia su habitación. De momento no necesitaba oír más. Además, que Elisabeth no tardaría en salir al pasillo, y no quería que le encontrara allí.

Elisabeth se acostó más calmada, puesto que tía Mara le había prometido que de momento no haría nada.

El calor era sofocante, angustioso. Por eso había dejado abierta la ventana. De otro modo, allí dentro no se hubiera podido ni respirar.

Empezaba a vencerla el sueño y se alegró de ello. No tenía ganas de darle más vueltas a la cabeza. En realidad, todo aquel asunto la inquietaba mucho. Mucho más de lo que confesaba. Ella sabía que oyó la voz de tío Gerald… ¡Y tío Gerald había sido ya devorado por la serpiente! ¡Estaba allí metido, en las entrañas de la bestia! ¡Y sí, surgió su voz…! ¡Todos lo oyeron! Un hecho irrebatible.

Cerró con más fuerza los párpados. Quería dormirse de una vez. Pero el sueño no estaba todavía a su alcance e instintivamente entreabrió los párpados.

De pronto, Elisabeth se quedó helada… ¿Era posible, si instantes antes estaba sudando?

Sí, se había quedado helada.

Más bien petrificada.

A través del marco de la ventana había visto deslizarse hacia el suelo de la habitación el cuerpo largo, inacabable, reptante, de una terrible y amenazadora serpiente.

Y antes de respirar dos veces seguidas, la tuvo ya encima de la cama.

Había subido por una de las patas, y ahora avanzaba sobre el blando lecho.

Elisabeth quiso moverse, escapar, huir. Imposible. Se había quedado como paralizada. Como si le hubieran quitado la sangre de las venas, sin dejarle una sola gota Y ya sentía junto a sus piernas la piel viscosa y fría del reptil.

Aquel horrible contacto pareció darle el valor que le faltaba. Por lo menos, respingó, e hizo un gesto de retroceso. Un gesto que, desgraciadamente, llegó tarde.

De súbito, se sintió envuelta, enroscada, por aquella serpiente. Que indudablemente era una de las tres que habían escapado de sus jaulas… Pero Elisabeth no hubiera sabido cuál… Ni le interesaba saberlo… ¿Qué importancia podía tener eso?

El reptil la había ya convertido en su presa. Si apretaba, ella moriría aplastada entre aquellas monstruosas vueltas y revueltas… Pero el reptil se quedó momentáneamente inmóvil, mientras su lengua bífida entraba y salía de su boca emitiendo tétricos silbidos…

Entonces Elisabeth murmuró:

—No me mates, tío Gerald.

Por un instante, le dio la sensación de que la serpiente captaba su mensaje. Tuvo, pues, una esperanza de sobrevivir.

Sin embargo, habían de resultar completamente vanas las ilusiones que pudo hacerse. En medio de su inmenso espanto, de su incalificable pavor, la serpiente empezó a estrechar las vueltas que había dado

alrededor de su cuerpo…

Y su cuerpo empezó a sudar. Pero no como antes, mucho más, a auténticos borbotones. Tanto es así, que las sábanas de su cama, en brevísimos instantes, quedaron enteramente mojadas de transpiración… Chorreaban sudor…

Quiso gritar.

La voz no le salió.

La serpiente seguía haciendo el cerco de sus vueltas, de su enroscamiento, cada vez más diabólicamente estrecho.

Empezó a faltarle la respiración, en medio de escalofríos de muerte.

Sentía ya un dolor horrible, insoportable.

De pronto, sí gritó…

Pero fue lo último que hizo. Su grito exasperó a la serpiente, que crispó su cuerpo en una brutal sacudida.

El cuerpo de Elisabeth quedó materialmente partido en dos.

Capítulo V

HABÍAN transcurrido cuarenta y ocho horas desde los últimos acontecimientos. El entierro ya se había efectuado. El cuerpo de Elisabeth había quedado dentro del nicho familiar, en el cementerio de Peyssen, al otro lado del pantano.

Cornell Redd comprendió que no podía respetar por más tiempo el dolor de Mara Sanders. Tampoco él que pudieran sentir Joanna, Melania y Jessica. Estaba allí para esclarecer aquel asunto y urgía hacerlo

—Señora, usted y yo hemos de hablar.

—¿Ha de ser ahora? — preguntó Mara Sanders con gesto cansado, verdaderamente desalentado.

—Precisamente.

—Bien…—accedió, tras acercarse al mueble-bar y servirse una dosis doble de brandy—. ¡Ah!, perdone… ¿quiere usted algo?

—De momento, no. Gracias.

—Dígame… —había apurado un par de sorbos, y luego se había dejado caer en un sillón.

Estaba palidísima, con profundos y oscuros surcos alrededor de sus ojos.

—Una serpiente ha acabado con la vida de su sobrina Elisabeth. Para cuando gritó y llegamos a su dormitorio, ya era tarde. Pero vimos huir a la serpiente a través de la ventana, así que… — se interrumpió. Luego había de preguntarle, sin necesidad de más—: ¿Por qué no me habla usted de Gerald, su marido? Quizá pudiéramos llegar a alguna deducción, ¿no le parece? Nos está haciendo falta.

—Mi marido era… es… es… —se había puesto a temblar — un hombre incapaz de hacerse querer. Me casé muy enamorada —confesó—, pero pronto me di cuenta de que me había equivocado. Gerald sólo quería mi dinero. Por lo visto había averiguado que tenía en el Banco una crecida cuenta corriente.

—La escucho con toda atención. Sea lo más explícita posible, se lo ruego.

—De vez en cuando se empeñaba en que le diera di-ñero. Solía entregarle algo, pero no tanto como me pedía, ni mucho menos. Además, lo hacía sin que mis sobrinas se enteraran. Antes de casarme, ellas me decían que tuviera cuidado, que Gerald parecía un desaprensivo, que posiblemente acabaría con toda mi fortuna en menos de un par de años y que ellas se quedarían sin nada… Yo les aseguré una y otra vez que mi dinero era bien mío y que nadie me lo quitaría, y que cuando yo muriera ellas se repartirían lo mío, a partes iguales, esto es, a cincuenta mil libras cada una… Por todo ello, comprenda usted, no les decía nada del dinero que Gerald me sacaba

de mejor o peor manera… A veces, hasta me pegaba…

—Prosiga, por favor.

—No podía imaginarme en qué gastaba el dinero. Hasta que lo averigüé. En esos malditos reptiles… ¿Sabe?, estaba esperando convertirse en el encantador de serpientes más famoso del mundo… Yo creía que estaba trastornado, loco… Pero mucho me temo que supiera lo que se decía…

—¿Qué era ello?

—Estaba dispuesto a ensayar un número… Un número sensacional. En un circo, llenaría las gradas hasta los topes. Se podrían poner a cualquier precio las entradas. El público pagaría lo que fuera por verlo.

—¿Y qué iba a tener ese número de extraordinario?

—El día que me habló de ello, caí desvanecida al suelo. ¡Fue tanto mi espanto, mi horror! Luego me lo explicó todo con más detalle… Entonces, mi horror y mi Espanto se multiplicaron hasta casi hacerme creer que había perdido el juicio…

Se detuvo, sin que esta vez Cornell Redd dijera nada.

—Se trataba, en definitiva — prosiguió Mara Sanders—, de que la serpiente le tragara, le engullera, has-la meterle en la mitad de su cuerpo, y luego, ante una orden suya, le expulsara, le dejara salir de nuevo… ¿Lo entiende, señor Redd?

—Sí — asintió éste.

—En realidad — dijo Mara Sanders — es lo que sucedió… De una manera distinta a lo planeado, pero más o menos… Por eso, y porque he oído su voz en dos ocasiones, estoy segura de que vive… ¿Se hace ahora cargo, señor Redd? — no sólo no había dejado de temblar, fino que en estos momentos su cuerpo sufría sacudidas, como si estuviera recibiendo pequeñas descargas eléctricas.

—Sí, me hago cargo — asintió el joven.

—Estoy convencida — añadió ella, bajando la voz — de que Gerald tiene la culpa de lo que sucedió a Elisabeth… Seguro que fue él quien indujo a la serpiente a matarla…

—¿Por qué había de querer matarla?

Mara Sanders le explicó lo del dinero.

—Elisabeth no quería que entregara ni una sola libra. Antes de consentirlo, estaba dispuesta a irse de aquí, de mi lado, para siempre… Gerald debió enterarse de nuestra conversación y procedió en consecuencia. Eliminándola a ella, allanaba el terreno…

—Pero, dígame — le pregunta resultaba inevitable—, ¿para qué puede querer ese dinero su marido, aceptando como hipótesis que sea él realmente quien se lo pide…?

—¡Oh, sí que es él! —exclamó Mara Sanders—. ¡Su voz es inconfundible! Pues yo presiento que quiere ese dinero para… para…

—¿Para qué…?

La respuesta resultó escalofriante.

—Para salir de donde está.

—¿Del vientre de la serpiente? — quiso puntualizar Cornell Redd.

—Sí, sí… — asintió repetidas veces—. Me da el corazón que «su número» está fallando en algo, quizá porque ya en un principio no fue todo del modo previsto, Ahora debe querer salir y no puede…

El joven reparó en la mirada de ella, que era, désele luego, la de una mujer que desvariaba. Sin embargo por unos instantes, algo le hizo temer que hubiera en lo que le estaba diciendo más de verdad que de mentira. Pero todo aquello formaba parte de un siniestro interrogante, y era aún pronto para darle la debida respuesta.

—Si quiere salir de la serpiente y no puede…—dijo; Cornell Redd, tras una pausa que dio la sensación de estar falta de oxígeno—, ¿de qué puede servirle, en conclusión, ese dinero…? No veo que encaje una cosa con la otra.

—Pues, verá, yo creo… — pero se detuvo al oír pisadas que se acercaban. Entonces se apresuró a añadir—:

Se lo diré en otro momento. Debemos ser precavidos.

*

Era Joanna quien se había acercado a ellos.

—Señor Redd…

—Dígame — se volvió gentilmente hacia la muchacha,

—No tome en consideración las palabras de mi tía.

—¿Ha oído, acaso, lo que me ha dicho…?

—No — negó con gesto nervioso—, pero lo adivino. Para eso basta ser un poco inteligente.

—¿Y usted lo es?

—¿Inteligente? Lo suficiente para no permitir que adié me quite lo que considero mío.

_ ¿Qué es lo que considera suyo?

_ Lo que tía Mara me tiene prometido desde hace muchos años, cincuenta mil libras…

—Su hermana, Elisabeth, también estaba dispuesta defender ese dinero, esa cifra… Quizá sea éste el motivo de que haya pagado tan caro…

—¡No! ¡No! Lo suyo fue un accidente, sólo eso. No debió dejar abierta la ventana de su habitación, sabiendo que a tío Gerald se le habían escapado tres serpientes.

—Fue una terrible y lamentable imprudencia… Pero de eso a seguir imaginando cosas extrañas, media un abismo… Supongo que es

usted de mí mismo parecer, señor Redd. No puedo creer que usted acepte como tesis razonable, sensata, algo tan irreal, tan falto de propia consistencia, como lo que lía Mara ha debido de estar contándole…

En aquel momento, a Mara Sanders le faltó la respiración, y estuvo a punto de perder el conocimiento.

—¡Tía, por favor! — y Joanna le dio unos golpecitos en las mejillas, para reanimarla.

—No ha sido nada. Ya estoy bien. Ha sido un ahogo momentáneo… ¡Es todo esto tan horrible, tan espantoso…!

Poco después, Cornell Redd salía del caserón. Había preferido dejar a solas a tía y sobrina.

No se alejó mucho. Se quedó merodeando por allí cerca, junto al pantano de aguas turbias, cenagosas, inmóviles. Aguas a las que casi parecía aprisionar la espesa bruma que no se alejaba del lugar. Empezaba en los cañaverales de la orilla y se iba haciendo más y más densa, hasta impedir que se viera a un par de metros de distancia.

Debían ser las cuatro de la tarde, pero para el caso, como si estuviera ya declinando el día. Apenas se veía nada.

Observó todo aquello, empero, lo mejor que pudo, y sacó sus propias conclusiones, que desgraciadamente todavía no podían ser muchas, y luego, poco a poco, dio la vuelta al caserón, volviendo a situarse ante la facha, da principal.

Miró hacia Peyssen.

Por un lado, la carretera. Por el otro, un estrecho sendero a cuyos lados crecía un poco la hierba. Un sendero, reparó Cornell Redd, muy semejante al que, desde el lado izquierdo del caserón, conducía hasta el mismo pantano. Más allá, a unos seiscientos metros, estaba el caserón del doctor Jason Wittoes.

Decidió ir a verle.

No perdería nada haciéndolo.

—¿Qué tal, señor Redd? — le recibió con amabilidad, cosa rara en él, pues era parco en prodigarla—. Es un placer su visita, se lo aseguro. Pase usted y acomódese.

—Le sorprenderá un poco…

—No, ¿por qué?

—Nos vemos a menudo en la casa de Mara Sanders, casi cada noche. Si algo deseaba decirle, por falta de ocasiones no ha sido… No tenía por qué venir aquí. Pero, la verdad por delante, he preferido poner por mi parte un poco de discreción.

—Me parece muy bien. ¿Un whisky?

—Gracias.

Le tendió el whisky.

—Usted dirá…

—Deseaba, simplemente, hacerle unas preguntas. Siempre que no hayan de incomodarle.

—Soy difícil de incomodar, señor Redd.

—Eso facilita las cosas.

—No lo ponga en duda.

—¿Qué opina usted de Mara Sanders?

—Es una mujer terriblemente avara, que tiene bien merecido que sus sobrinas la odien.

—¡Ah!, ¿pero la odian? No lo sabía. ¿Y qué me dice de Gerald, el marido…?

—Dejar sin colocar las barras de hierro que cerraban las puertas de las jaulas, y emborracharse a continuación… ¡vaya descuido! No, no tuvo suerte.

—Usted no cree que Gerald viva, ¿no es cierto?

—¡Señor Redd! —exclamó—, que eso está bien para una mujer trastornada, pero no para mí…

—Sin embargo, Mara Sanders, sus sobrinas, incluso Dorian, el criado, oyeron la voz de Gerald después de ser engullido por la serpiente…

—Creyeron oírla, que no es lo mismo.

—Que se dejaran llevar, seis personas a un mismo tiempo, de una pesadilla, de una alucinación, resulta difícil de creer, ¿no le parece?

—Creo que está bien muerto — zanjó el doctor Wittoes.

—Dígame, ¿qué tal persona es la señora Blair, Yvette Blair? Según tengo entendido, está ciega, vive en Peyssen, y viene de visita de vez en cuando al caserón de Mara Sanders.

—En su juventud fue artista, trapecista… Pero ardió su camerino, perdió la vista y todo acabó para ella.

—¿Vive sola?

—Sí.

—¿Y qué me cuenta, doctor Wittoes, de usted mismo…?— se lo preguntó tranquilo y desenvuelto, como si nada.

—Es cierto lo que dicen por aquí…— tras taladrarle con su oscura mirada, se lo confesó con una escalofriante sinceridad—. Yo maté, sobre la mesa de operaciones, a sabiendas, a uno de mis pacientes…

—Tiene usted sentido del humor — intentó bromear.

Pero el doctor Jason Wittoes no bromeaba. No debía haberlo hecho en su vida.

—Le maté — dijo—, y volvería a hacerlo. Me había robado el amor de mi esposa, y creía que yo lo ignoraba, y se reía y burlaba a mis espaldas. Tuvo lo que se merecía.

—¿Qué fue de su esposa?

—Comprendiendo a donde llegaba mi odio por ella, se suicidó antes de caer en mis manos… Lo que antes o después sabía que iba a

suceder… Era muy guapa…

—Nunca he conocido otra como ella… Bueno — corrigió—, nunca hasta hace poco…

—Comprendo…—Cornell Redd lo dijo a las claras, sin vacilaciones, queriendo ir directo a la diana—, le gusta Jessica… Le gusta tanto como años atrás le gustó su esposa…

Esperaba, tal vez, que le negara. Pero el doctor Jason Wittoes por lo visto, no era propenso a negar nada.

—Exacto — dijo.

—Es usted muy sincero — repuso Cornell Redd, levantándose ya, dando la entrevista por concluida—, esto no creo que nadie pueda negárselo. De todas maneras, su sinceridad me ha dejado la piel de gallina… Vaya su sinceridad por la mía.

Ya iba a salir de la estancia, cuando la puerta se entreabrió, dejándose ver una atractiva y exuberante rubia platino.

—Querido… ¡Ah!, perdona, no sabía que estuvieras acom… acompañado…—había acabado tartamudeando, de la sorpresa.

Pero la sorpresa de Cornell Redd no quedó atrás. Aquella rubia platino era Loretta Angus, la muchacha con la que no hacía mucho estuvo bebiendo y bailando en una sala de fiestas hasta las tres de la madrugada. La misma que se despidió de él diciéndole que le telefonearía así que regresara de un pequeño viaje que tenía que hacer, del que tardaría tres o cuatro días, como máximo.

—Permítame que le presente… La señorita Loretta Angus… El señor Redd, Cornell Redd…

—Mucho gusto — dijo él, haciendo como si no la conociera.

—Encan… encantada — sonrió ella, aun costándole sobreponerse a la sorpresa experimentada.

Instantes después, el joven salía de allí. Una vez en el exterior, sacudió la cabeza. Sin duda para desaturdirse un poco.

Capítulo VI

YA llegaba de nuevo al caserón de Mara Sanders, cuando vio que Joanna le iba al encuentro. De lejos le había parecido que era Jessica, así que se sintió decepcionado al ver que no era la muchacha que… que le estaba haciendo permanecer desvelado por las noches. Lo que hasta entonces nunca le había sucedido por ninguna mujer. Resultaba un detalle sumamente significativo y alarmante, qué duda cabe. Sobre todo para él, que siempre había sido un acérrimo enemigo del matrimonio.

—Tengo algo que comunicarle… — le dijo Joanna en cuanto llegó a su lado—. Puede que no tenga importancia, pero creo sinceramente que debe usted saberlo.

—Pues dígamelo.

—Elisabeth odiaba a tía Mara. Le odiaba con toda su alma, cada día más, sin poder evitarlo.

—¿Y usted…? — preguntó Cornell Redd, aprovechando la coyuntura—. ¿Qué es lo que siente por ella?

—¿Por tía Mara…? — y le confesó tras un breve carraspeo—: Si le dijera que la quiero, le mentiría.

—¿De veras?

—Es tan avara… Sí, siempre nos lo ha negado todo, incluso los caprichos más sencillos… Los muchachos de Peyssen nos creen más pobres que las ratas… Y sin embargo, tía Mara es muy rica, riquísima… Tiene muchísimo dinero…

—Bueno, acláreme lo que me decía antes, que su hermana Elisabeth odiaba a su tía Mara. ¿Qué ha querido exactamente, decirme con eso?

—Tía Mara se había dado cuenta de su odio, y no me extrañaría que, el temor a lo que Elisabeth pudiera hacer contra ella, le indujera a su vez a…

—¿A qué? — preguntó, al ver que Joanna se detenía.

—A matarla — pero había bajado tanto la voz, tantísimo, que apenas se la oyó.

Pero Cornell Redd tenía el oído muy fino.

—¿A matarla…? — inquirió—. A Elisabeth la mató una serpiente, esto lo sabemos todos…

—Sí, claro — asintió—, pero, quizá, una serpiente guiada por alguien…

—¿Por tío Gerald?

—¡Oh, no!, yo no creo, no puedo creer en esa absurda historia. Tío Gerald está muerto. Pero ¿no sabe usted que tío Gerald, cuando vivía, le obligaba a tía Mara a tomar lecciones de él…? Quería que aprendiera lo que él sabía de serpientes… Quería que supiera

domarlas, encantarlas…

—Esto lo ignoraba.

—Pues ya lo sabe. Pero bien mirado — carraspeó de nuevo—, creo que me he extralimitado al hablarle de este modo. ¿Cómo iba tía Mara a hacer algo tan espantoso…? Para eso tendría que estar loca…

—Gracias por su información, Joanna. Tomo buena nota de cuanto me ha dicho.

—Oiga— terció ella—, ¿viene usted de ver al doctor Wittoes? Me ha parecido verle salir de su casa.

—Si de su casa vengo.

—¿Ha visto allí dentro a alguien más…? — preguntó—. Me han asegurado que estos días tiene compañía. — y recalcó maliciosamente la última palabra.

—No le han informado mal — reconoció.

—¿Es guapa? — quiso saber.

—Mucho — respondió.

Joanna torció el gesto y se limitó a decir:

—No le entretengo más. Voy a Peyssen a comprar unas tonterías. Hasta luego.

Cornell Redd siguió adelante, hacia el caserón de Mara Sanders. Deseaba que fuera Jessica quien le abriera A menudo solía ser ella la que respondía al aldabón de la puerta, pues Dorian era el único sirviente de la casa y no podía estar en todas partes al mismo tiempo. Tenía la intención de decirle que era la muchacha más bonita que había conocido.

Pero fue Dorian quien le abrió, y puestas así las cosas, Cornell Redd pensó que valía la pena aprovechar la ocasión para cruzar unas palabras con él. Su testimonio podía resultarle de mucha utilidad.

—Dorian…

—Dígame, señor.

—¿Qué opina usted de lo que últimamente está sucediendo en esta casa?

—No acierto a opinar, señor. Me siento demasiado asustado para hacerlo… — la expresión se le había alterado, contraído—. Desde luego, a usted se lo digo, me están dando tentaciones de irme… Pero hace más de diez años que estoy aquí y le tengo aprecio a la señora, y a sus sobrinas y…

—Me hago cargo. Otra cosa… ¿oyó usted a Gerald Mulligan cuando pidió a su esposa que no disparara la escopeta…? ¿Le oyó ciertamente…?

—Sí, señor. Ciertamente le oí.

—¿Está seguro, Dorian?

—Como le estoy oyendo a usted.

—¿Y qué piensa a este respecto…?

—Se lo he dicho ya, señor, estoy demasiado asustado…

—Gerald Mulligan vivía pendiente de sus serpientes, ¿no es eso?— siguió preguntando—. Preparaba un número único, realmente sensacional, ¿lo sabía usted?

—Eso le oí decir en repetidas ocasiones.

—Solía dar lecciones a su esposa, ¿no es cierto?

—Quería dárselas, que no es lo mismo. La señora no aprendía, ni quería aprender. Las serpientes le daban miedo, pánico, y asco al mismo tiempo.

—¿Sabe usted, Dorian, quién construyó este caserón? Tan junto al pantano, resulta verdaderamente una idea peregrina, por no decir anormal…

No lo construyó su actual propietaria, si esto es lo que desea saber, señor. Simplemente estaba en venta, a muy bajo precio, y ella lo compró. Como no quería gastar mucho dinero, la casa se ajustó por completo a sus pretensiones.

—¿A usted le paga bien? Regular, señor. La señora es bastante…— pero se detuvo.

—¿Tacaña? — preguntó Cornell Redd.

Me ha quitado la palabra de la boca. Eso exactamente iba a decir. Pero es una buena mujer, pese a sus defectos, y yo me encuentro a gusto aquí… Bueno, me encontraba a gusto hasta no hace mucho… Desde que la serpiente se engulló al señor… ¡Fue aquél un espectáculo tan horrendo, tan espeluznante! No lo olvidaré mientras viva. Y hace poco, la pobre y desdichada señorita Elisabeth…

No mucho después, Cornell Redd cruzaba el vestíbulo, dirigiéndose hacia la biblioteca. Allí encontró a Mara Sanders y a Jessica.

Esta le estaba diciendo a su tía:

—Por favor, no bebas más…

Mara Sanders se hallaba con un vaso de whisky en la mano, y al ver entrar al joven, para intentar disimular lo que empezaba a ser un vicio para ella, le preguntó:

—¿Quiere que le sirva algo, señor Redd? Me acompañaría usted.

—No, gracias, ahora no me apetece — dijo Cornell. Y volviéndose hacia la muchacha — Venía a preguntarle, Jessica, si quiere dar un paseo conmigo.

—¿Un paseo? — se extrañó ella.

—El panorama que rodea esta casa no es verdaderamente muy seductor, pero a su lado a mí me lo parecerá…

Jessica sonrió.

—De acuerdo, señor Redd.

*

—Estoy preocupada — le confesó Jessica al poco de ir andando por los alrededores, sin dirección fija—. Mi tía bebe cada día más. No, la verdad es que no podemos fiarnos en absoluto de lo que nos dice. Por ejemplo, nos asegura que se ha encontrado con «Matti», la serpiente verde y amarilla que se tragó a tío Gerald, y que éste, desde su interior, le pide dinero, cuarenta mil libras…

—¿Usted se cree eso?—preguntó Cornell.

—Oí la voz de tío Gerald, cuando tía Mara iba a disparar la escopeta… Esto es cierto. Evidentemente cierto. Es todo lo que yo puedo asegurarle.

—Su hermana Joanna, como antes Elisabeth, dice que aquella voz, la de su tío Gerald, al pedir a su esposa que no disparara la escopeta, no fue más que una alucinación y que…

—No fue eso — le interrumpió. Luego alzó sus bonitos ojos y le preguntó—: ¿De quién sospecha usted, señor Redd? Porque tras todo esto se esconde alguien… alguien…, ¿no es eso?

—Quisiera poder responderle. Desgraciadamente, voy aún a ciegas. Este caso no es sencillo, no es vulgar. Voy a tener que poner en funcionamiento toda mi materia gris si quiero lucirme.

—Se lucirá — aseguró ella.

—Su confianza me anima — dijo Cornell.

Pero como también se estaba animando en otro sentido, porque la muchacha le gustaba cada vez más, le puso las manos en el talle y la atrajo hacia su ancho pecho.

—Usted no correrá ningún peligro — le aseguró — porque yo la defenderé en todo momento…

—Y de usted, señor Redd, ¿quién me defenderá? — quiso saber ella, que no hizo nada, sin embargo, para rehuir su proximidad.

—¿Te parezco peligroso…? — e inició un tuteo que hizo más íntima y enervante la pregunta.

—Deliciosamente peligroso — sonrió ella.

—¿Puedo besarte…? — preguntó. Aunque el beso, con permiso o sin él, estaba ya en camino.

—Luz verde — autorizó la muchacha.

Capítulo VII

HACÍA ya rato que había oscurecido y que junto a las orillas del pantano todo resultaba angustioso, inquietante.

Desde los cañaverales que bordeaban el pantano, hasta el cieno de sus orillas, pasando por la bruma que aquella noche daba la sensación de ser más espesa y compacta, todo inducía allí, en aquel lugar, a sentirse desasosegado, inquieto, alarmado.

Era como si un maleficio se cerniera sobre aquellas aguas cenagosas y sus alrededores. Como si algo sobre-cogedor, repelente, se hallase agazapado, no se sabía exactamente dónde, pero cerca, tanto que su contacto resultaba casi palpable.

Pero Cornell Redd no reparaba en ello. Mejor dicho., lo captaba todo, pero fingía no darse cuenta de nada. E iba andando por allí, lenta y sosegadamente, como si de un simple y grato paseo se tratara.

La parte trasera del caserón, quedaba a menos de veinte metros, por lo que la luz de una de las ventanas orientaba sus pasos. Aunque sólo servía para eso, para saber dónde ponía los pies, no para nada más, ya que la claridad que le llegaba era escasa.

De pronto, Cornell Redd notó un ruido extraño. De algo que se arrastraba, que reptaba a poca distancia de donde se hallaba él.

Quedó en tensión, pero no se volvió. Ni siquiera hizo el menor movimiento de alarma.

Quería que el peligro que le estaba acechando se le echara encima. Sería un modo como otro de verle la cara al enemigo… Ese enemigo que podía considerarse todavía como algo indefinido, impreciso.

Pero Cornell Redd era hombre previsor, eficaz, que sabía no dar facilidades a nadie, así que disimuladamente alzó la mano, dirigiéndola hacia la pistola automática que llevaba en su funda, bajo la axila.

Seguía oyendo aquel ruido, que reptaba, que se arrastraba "lentamente, entre el fango de la orilla del pantano, entre los cañaverales. Indudablemente se trataba de una de aquellas tres malditas serpientes.

Sin embargo, de súbito, algo surgió de entre la oscuridad, a sus espaldas, y le dio un brutal empujón, que le llevó varios metros más allá. Un empujón que había tenida la evidente intención, por descontado, de hacerle caer al pantano.

Quien fuera no se salió con la suya. Cornell acertó a asirse a los cañaverales, frenando la marcha a la que le obligó aquel inesperado empujón. Se quedó con medio cuerpo dentro de la cenagosa agua, eso sí, pero hizo fuerza con las manos y consiguió salir de allí en pocos segundos.

Había alzado la mirada, pero allí ya no había nadie.

Aunque seguía oyendo aquel ruido, reptante, el inicial…

Pero, claro, aquel empujón no podía achacarlo a ninguna serpiente. Evidentemente había sido un ser humano quien le había obsequiado con aquella caricia. De finalidad tan definida como siniestra.

En eso, cuando aún no se había levantado, Cornell Redd creyó oír una voz, baja, muy baja, casi convertida en un susurro, que decía algo.

Al acto, vio aparecer a dos enormes serpientes. A las dos a la vez.

Erguían el cuerpo de un modo escalofriante, demencial, sencillamente pavoroso, movían la cabeza y sacaban sus lenguas bífidas, silbando amenazadoramente.

Fue a ponerse en pie, pero antes de lograrlo, los dos reptiles, a la vez, como guiados por una misma orden, le cayeron encima. Implacablemente.

En consecuencia, Cornell Redd se vio súbitamente enrocado de piernas y cuerpo. Prisionero de aquellas revueltas diabólicas de poderosísima fuerza.

Pero antes de que las serpientes cayeran sobre él, había tenido unos segundos de tiempo a su favor. No los había desaprovechado, la pistola automática estaba ya en su mano derecha, que consiguió quedara libre.

Sin esperar a más, pues un instante de demora podía tener fatales consecuencias, disparó. Repetidas veces. Hasta descargar por completo el cargador.

Las balas dieron donde había apuntado. El no fallaba nunca. Era una de sus especialidades.

Saltaron hechas añicos las cabezas de aquellas dos serpientes. Volaron por los aires.

Luego sus cuerpos se aflojaron, soltando, desenroscándose…

Ya de nuevo dueño de sus movimientos, Cornell Redd se puso en pie. Al principio un poco tambaleante, todo hay que decirlo. El susto había sido de los gordos. Él estaba acostumbrado a presentar cara a los hombres, no a las bestias. Como fuera, asunto concluido. Esas dos serpientes ya no molestarían más.

Dio la vuelta al caserón. Pero antes de llegar a la puerta principal, ya salían los demás. El ruido de los disparos les había sobresaltado a todos.

—Eran tres las serpientes, ¿verdad? — inquirió Cornell, mirándoles a unos y otros, queriendo ver como reaccionaban ante sus palabras—. Pues ya hay dos me-nos…

—¡Cornell! —exclamó Jessica, asustadísima, y sin importarle que la vieran, se abrazó a él.

—Tranquila, tranquila… — dijo él—, no ha pasado nada. Pero he resbalado junto a los cañaverales y me he manchado de fango… Vas a

mancharte tú también, si me abrazas a mí.

—Me da lo mismo — sollozó la muchacha.

—¿Qué ha dicho…? — preguntó Mara Sanders, que ahora permanecía rígida como una muerta—. ¿Qué ha matado a dos serpientes…? — y castañeteándole ruidosamente los dientes—. ¿Ha matado a la que tiene la piel verde y amarilla…?

—No estaba para fijarme en colores — contestó Cornell Redd.

Mara Sanders echó a correr hacia el pantano. Necesitaba saber aquello.

—Ha estado a un pelo de morir como mi pobre hermana Elisabeth, ¿no es eso? — Joanna temblaba de pies a cabeza.

—Más o menos — dijo el joven.

—Es horrible — comentó Melania.

—Vaya a ducharse, señor — repuso Dorian—. Yo, mientras tanto, le sacaré ropa limpia del armario.

Mara Sanders regresó poco después.

Murmuró trágicamente:

—Ninguna de esas dos serpientes tiene la piel verde y amarilla… Así pues, «Matti» es la que queda…

*

Cornell Redd no les explicó lo que realmente había sucedido. Hizo mención a las serpientes, sí, pero se limitó a eso. Como si no hubiera existido ningún otro enemigo.

Cenó con buen apetito. Ya no estaba impresionado en lo más mínimo. Jessica le miraba con admiración, como se mira a los héroes.

—Me olvidaba, tía — dijo Joanna ya en los postres, tras darse con la palma un golpe en la frente—. Yvette me ha dado un encargo para ti. Mañana por la tarde vendrá a verte, dice que tiene que darte una buena no-

¿De qué se trata? — Preguntó Mara Sanders—. ¿No te lo ha dicho a ti…?

—Pues…, pues… — vaciló Joanna. Y sin haber concluido—: Bueno, ella te lo dirá cuando venga.

—¿Pero sabes tú que noticia es ésa? — preguntó Jessica.

—La verdad, sí —reconoció Joanna—, pero me ha rogado que me calle, quiere ser ella la que personalmente lo explique todo, pero Mara Sanders insistió en saber de qué se trataba, y Joanna terminó diciéndoselo.

El doctor Wittoes va a operarla de los ojos.. Asegura que le devolverá la visión…

—¡Qué alegría! —exclamó Mara Sanders.

Mientras ellas hablaban de eso, y hacían sus comentarios, Cornell Redd estaba pensando que el día siguiente lo aprovecharía para dialogar con Yvette Blair. Le interesaba sobremanera saber lo que la ex trapecista opinaba de todos y cada uno de los componentes de aquella casa. También le interesaba saber, y mucho, hasta dónde llegaba su confianza en el doctor Jason Wittoes, un hombre al que, en Peyssen, casi nadie saludaba con agrado. Se decía, no hay que olvidarlo, que era más malo que el diablo.

Capítulo VIII

ERA sumamente sencilla la casa en que vivía Yvette Blair.

Cornell Redd echó una rápida ojeada a sus cuatro paredes antes de decidirse a hacer sonar el timbre.

Cuando pulsó el botón y el sonido se hizo notar, arrojó el cigarrillo que hasta entonces llevaba colgado negligentemente en los labios.

Se abrió la puerta.

—¿Qué desea…?

Yvette Blair no tendría más de cuarenta y cinco años. Era de mediana estatura, bien formada, de rasgos regulares, con unos ojos azules, rasgados, muy hermosos. ¡Lástima que carecieran de vista!

—Me llamo Redd… Cornell Redd…—se presentó—. He venido a Peyssen a…

No le dejó acabar.

—Joanna me ha hablado de usted y del motivo de su presencia en el caserón de mi buena amiga Mara Sanders. Pase, señor Redd, y dígame en qué puedo servirle.

—Es usted muy amable.

Ya en el interior de la pequeña casa, ella le indicó un sillón. Por su forma, el más cómodo.

—Tome asiento, se lo ruego.

Ella se sentó enfrente.

—Señorita Blair…—había oído decir que estaba soltera, así que se atenía a las circunstancias—, sé que va a operarla el doctor Wittoes.

—¡Vaya! —no se lo tomó a mal, incluso se rió un poquito—. Joanna ya no ha sabido guardarme el secreto. Pues sí, va a operarme… Dentro de pocos días. Esta misma tarde iré a ver a mi amiga Mara para personalmente decírselo. Sé que me quiere bien y que se pondrá muy contenta.

—Señorita Blair, ¿confía usted plenamente en el doctor Wittoes?

—Confío… simplemente — dijo Yvette—. Sé que no puedo hacerme demasiadas ilusiones, pues mi caso no es sencillo. Pero que un doctor me asegure el éxito, es más de lo que a estas alturas podía ya esperar, después de haber visitado a tantos cirujanos… Sepa usted, señor Redd, que consultando famosos oftalmólogos, me he arruinado, y todos, lo que es más lamentable, me han dado siempre por un caso perdido.

—No me refería exactamente a eso…

—¿A qué, entonces, señor Redd?

—El doctor Jason Wittoes no tiene buena fama — apuntó—. Supongo que usted está al corriente.

—¿De las habladurías de estas gentes? ¡Oh, sí!, estoy al corriente. Pero como usted comprenderá, no les doy crédito…

—No son habladurías — dijo Cornell—. Lo que dicen se ajusta plenamente a la verdad. El doctor Jason Wittoes mató a sabiendas, sobre la mesa de operaciones, a uno de sus pacientes… Siendo así — puntualizó—, ¿no teme usted, señorita Blair, que con usted pueda repetir el hecho?

—¡Por Dios, señor Redd! —se escandalizó.

—Es sólo una posibilidad, ya me hago cargo… Pero usted debe tenerla en cuenta.

—Yo no he hecho nada malo al doctor Wittoes. Así que nada malo debo temer de él.

—En buena lógica, así debe ser…

—Por lo demás, sepa usted que por recuperar la vista yo sería capaz de cualquier cosa.

—Lo comprendo, señorita Blair, pero…

—¿Un nuevo pero, o el mismo? — se esforzó por sonreír.

—Tengo entendido que la vista no es la especialidad del doctor Wittoes… Pero, bueno, dejemos todo eso — se dio por vencido—. Permítame que ahora le pregunte por Mara Sanders, su amiga…

—¿Qué quiere saber de ella? — y añadió—: No debió casarse con Gerald Mulligan. Fue un gran error por su parte. Yo ya se lo dije, iba a lamentarlo. En realidad, yo conocía muy bien a Gerald… Para algo habíamos trabajado juntos en el mismo circo…

—¡Ah!, ¿pero habían trabajado juntos? — se sorprendió Cornell.

—Sí, señor Redd.

—Lo ignoraba. Se lo ruego, póngame al corriente de todo lo que sepa respecto a él. Me interesa sobremanera…

—No me gusta hablar mal de los muertos — le había interrumpido —. No me ha gustado nunca.

—Usted debe saber, señorita Blair, que su amiga Mara no considera muerto a su marido…

—La pobre Mara no sabe lo que se dice. ¡Ha quedado tan impresionada con lo sucedido! Es fácil hacerse cargo, ¿no cree usted?

—Sí, sí, por descontado — admitió—. De todos modos, yo le ruego encarecidamente que no sienta reparos y que me diga todo lo que sepa. Saber cuál era la auténtica personalidad de Gerald Mulligan, es de vital importancia para mí en estos momentos.

—Me lo asegura de una manera tan convincente, que no me veo capaz de negarme.

—Se lo agradezco mucho, señorita Blair.

Empezó diciendo:

—Gerald Mulligan era un fracasado. Lo había sido toda su vida. Desde que, con veinte años más o menos, quiso ser un magnífico artista de cine y sólo consiguió dos o tres papeles de escasa importancia y luego ya ni eso, hasta el número que en el circo llevaba

a cabo con una serpiente pitón, un número que enseguida aburrió y cansó al público, provocando incluso silbidos, todo fueron para él lamentables fracasos, que le fueron hundiendo implacablemente…—Se detuvo. Pero prosiguió casi de inmediato.—Por lo demás, Gerald Mulligan no conseguía hacerse agradable a nadie. Era egoísta, ambicioso, todos le iban girando la espalda. Un día, lo recuerdo bien, le vi llorar de rabia ante los aplausos que a mí me prodigaba el público. Aquel día me dijo: «Antes o después yo conseguiré que me aplaudan así, o más aún. Tengo pensado un número que será realmente sensacional…» No me dijo de qué se trataba, ni yo se lo pregunté. Lo cierto es que me miraba casi con odio, y que yo estaba pensando que, cuantos menos tratos tuviera con él, tanto mejor sería…

Volvió a detenerse. Suspiró hondamente.

—Pero luego ardió mi camerino, me quedé sin vista, y claro, dejó ya de sentir envidia hacia mí… Cuando volvió a verme años después, aquí en Peyssen, hasta se mostró simpático conmigo… Para entonces había conocido a Mara y ya había algo formal entre ellos… La halagüeña perspectiva de casarse con Mara le hacía sin duda sentirse mejor y mostrarse más amable… La última vez que le encontré, detuvo su coche para saludarme… A menudo cogía el coche y venía a Peyssen… Venía a buscar comida para sus serpientes… ¡Oh, sí!, las serpientes seguían siendo su obsesión… En fin, esto creo que es todo, señor Redd.

—Gracias, señorita Blair.

—Espero que le pueda servir de algo mi humilde colaboración.

*

Cuando salió de aquella casa, iba distraído analizando las palabras oídas y los hechos que de las mismas se desprendían. No se dio cuenta de que se le ponía por delante una rubia platino.

—¡Cornell, soy yo…! ¡Ni que llevaras vendados los ojos!

—Hola, Loretta — no se había inmutado lo más mínimo.

—¿Estás enfadado conmigo…? — ella le sonrió.

—¿Por qué iba a estarlo, por encontrarte en casa del doctor Jason Wittoes? — se encogió de hombros, despreocupado—. En todo caso, sólo un poco sorprendido. No me lo esperaba.

—Sí, es natural — y se apresuró a puntualizar—. Para que lo sepas, ya no estoy allí…

—¿Te refieres al caserón? — preguntó.

—Sí, me he ido. Acabo de alquilar una habitación en esa fonda — se la indicó. Estaba a menos de veinte metros de donde ellos se

hallaban—. Esperaba coincidir contigo…

—¿Sí?

—Naturalmente.

—¿Lo dices para halagarme? — quiso saber.

—No eres hombre que necesite ser halagado. Sabes de sobras lo que vales. Estoy segura, más que ningún otro.

—Gracias, monada.

—Oye, ven conmigo… — le miró insinuante—. Tomamos unas copas y charlamos un poquito. A lo mejor se te pasa el enfado…

—Para eso tendría que estar enfadado, y no lo estoy. Bueno, para demostrarte que sigues pareciéndome una chica ideal, acepto el plan que me ofreces… Bebemos unas copas y charlamos un poquito…—y era esto último lo que más le interesaba.

Aunque tratándose de Loretta Angus, le interesaban muchas cosas más… No en vano era una rubia platino de una anatomía realmente sensacional. ¡Vaya con las curvas que tenía!

—Podemos tomar las copas en mi habitación, ¿te parece?— le tentó ella.

—Estupendo.

Pero una vez en la habitación que Loretta Angus había alquilado en aquella fonda, Cornell Redd no quiso lanzarse al ataque de buenas a primeras. Por más que buen conocedor de las mujeres, comprendía que tenía el camino completamente expedito. Quiso, antes, sonsacarle todo lo que pudiera.

—Cuéntame algo del doctor Wittoes, monada…—le pidió servirle una copa a ella y servirse a sí mismo seguidamente.

—¿Estás celoso…? — preguntó—. No debes estarlo. He acabado con él para siempre…—y no le importó reconocer—: Yo no soy mujer que acepte rivalidades…

—No te comprendo, Loretta — y la veía ya propensa a decirle más de una cosa.

—Hace bastante tiempo que conozco al doctor Wittoes… Desde entonces, me prefiere a cualquier otra. Y aunque no va sobrante de dinero, la verdad es que sabe ser generoso conmigo. No sería justo que lo negara. Cuando vino a Peyssen — añadió — me dijo que me llamaría de vez en criando y que entonces pasaríamos juntos unos días… Así veníamos haciéndolo… Pero esta vez ha sido distinto, le he encontrado enamorado de una vecina… A pesar de eso, quería que me quedara… ¡Pero yo ni hablar! Tengo mi amor propio. Así que he hecho las maletas y me he venido aquí.

—Perfectamente. Oye, ¿y de qué vecina está enamorado ese doctor? ¿Te has enterado?

—Se llama Jessica. Se ve que le recuerda mucho a su esposa. El doctor Wittoes estuvo casado, y muy enamorado de su mujer… Pero

no hablemos más de él, cariño, y pensemos en nosotros dos…

Le echó los brazos al cuello, mostrándose ardiente como una llama.

Pero Cornell necesitaba saber más.

—Espera, espera… —le sonrió—. Dime antes qué clase de persona es… Me refiero al doctor Jason Wittoes…

—Quiere volver a ser el famoso cirujano que fue… Se ve que le sucedió algo, a mí no me ha explicado el qué, y le expulsaron del Colegio de Médicos. Pues sí, su mayor empeño en ése, demostrar que es capaz de hacer jo que otros cirujanos, los más famosos, no pueden…

—Comprendo — y pensaba en Yvette Blair.

—¡Así, se hacía cargo con facilidad de que con ella fuera a intentar, a la desesperada, lo que otros consideraban un imposible.

—Pero no hablemos más de tonterías…—y pegando su cuerpo al de Cornell, acercó sus labios ansiosos a los de él—. ¡Me gustas mucho! ¡Muchísimo!

—Otro tanto te digo.

—¿Vas a demostrármelo?

—Claro, monada. A tu disposición…

*

Cuando llegó al caserón de Mara Sanders, vio que Jessica le ponía mala cara. Mejor dicho, hizo como si no le viera, como si le ignorara por completo.

Pero antes de que le preguntara si le sucedía algo, ella no tuvo inconveniente en decírselo.

—He estado en Peyssen. Te he visto entrar en la fonda muy bien acompañado… ¡Pues sí que has tardado en salir! ¿Has estado jugando alguna partida de ajedrez?

—Pues…, pues sí… —aceptó la idea como buena, porque verdaderamente no encontró otra mejor al alcance de su mano—. Con el dueño de la fonda. Es un hombre muy simpático, muy agradable, y juega muy bien al ajedrez, ya lo creo.

—El dueño de la fonda — le comunicó Jessica, con una mirada que parecía querer fusilarle — murió hace más de diez años. Así que, la partidita, la has jugado con ella…—y explotó—. ¡Qué te aproveche!

—No seas mal pensada… Por favor, Jessica, yo te juro que…

Pero se calló.

Honradamente no podía jurar nada.

Capítulo IX

ESPERÓ a que el desayuno concluyera.

Luego, y así que pudo quedarse a solas con Mara Sanders, inició la conversación.

—Quedamos en que en otro momento usted me diría. Supongo que se acuerda de lo que hablábamos, el otro día, cuando su sobrina Joanna nos interrumpió.

—Sí, me acuerdo —asintió ella—. Yo le decía que Gerald debe querer salir de la serpiente y no puede, que algo le debe estar fallando en su número, y usted me preguntaba de qué podría servirle, en tal caso, el dinero que me pide…

—Exactamente.

—Voy a responderle. Ahora que nadie nos oye, voy a hacerlo. No tengo inconveniente.

Pero antes de decidirse a hablar, miró recelosamente a un lado y al otro. Por lo visto no terminaba de fiarse de nadie. Así que las precauciones no estaban de más. —El doctor Wittoes está metido en el asunto — repuso en voz muy baja instantes después—. Es cirujano… ¿Comprende lo que quiero decirle, señor Redd?

—No.

—Si Gerald domina los instintos de la serpiente y se hace obedecer por ella, podrá conseguir que, en presencia del doctor Wittoes éste no sea atacado…

Cornell no intercaló palabra ninguna. Quedó a la espera.

—Una vez conseguido esto — prosiguió Mara Sanders — el doctor Wittoes podría anestesiar a la serpiente, ¿no le parece factible? Luego, ya fácilmente, le sería dado intervenir quirúrgicamente… Gerald saldría vivo…

—No me atrevo a llevarle la contraria, pero me pˆ rece que tiene usted una imaginación muy calenturienta… —esta vez sí habló.

—Se ajusta a la verdad, estoy convencida de ello Pero el doctor Wittoes — añadió — no va a ayudarle por nada… Gerald lo sabe, y sabe asimismo que hace falta una cantidad elevada para comprarle… Todo explicado, ¿no cree, señor Redd?

—Tanto como eso… — no pudo menos de ironizar un poco.

—Deben estar ya de acuerdo — bajó aún más la voz—, El otro día me encontré al doctor Wittoes junto al pantano… ¿Qué hacía allí, a no ser eso, lo que acabo de indicarle…? Ahora todo depende de mí, de si entrego o no el dinero.

—¿No está animada a hacerlo? — le preguntó.

—Dudo, vacilo…—reconoció—. Cuarenta mil libras es mucho dinero. Pero si no las entrego, quizá haya más muertes… Estoy aterrorizada, ésta es la verdad. No sé qué hacer. ¿Qué me aconseja

usted, señor Redd?

—Le aconsejo, en principio, que me diga en qué parte exactamente del pantano se encontró de nuevo con esa serpiente… Así, cuando usted vaya a dar la respuesta, la que usted considere más oportuna, yo estaré por allí cerca, discretamente escondido, y veré qué es lo que pasa y sabré mejor, en consecuencia, a qué atenerme.

—Me encontré con «Matti». Mi marido llamaba así a esa serpiente, ¿sabe?, en la orilla derecha del pantano, junto a los cañaverales que forman un grupo compacto…

—¿Qué le dijo, en tal ocasión, su marido? — preguntó—. Por favor, repítame sus palabras una a una…

—«Deja cuarenta mil libras aquí mismo, junto a estos cañaverales, o te pesará… Si me desobedeces, moriréis todos… También tú…»

—No resulta todo esto muy tranquilizador — convino Cornell.

—Pero ¿usted qué me aconseja, señor Redd? — insistió Mara Sanders—. ¿Que entregue el dinero o que se abstenga de hacerlo?

—Si pide mi opinión, le diré que negarse a ello sería correr un riesgo innecesario… Pero respondiéndole con mi sinceridad por delante, debo añadir algo más… No creo que usted entregue ese dinero… Aunque usted misma crea que duda, que vacila, no es así… No, no lo entregará. Para usted, su dinero es más importante que nada… Antes de perderlo, yo creo que usted prefiere perder la vida…

Mara Sanders le miró. Su mirada extraviada pareció centrarse. Incluso su expresión se hizo más suya, más auténtica.

—Tiene usted razón — admitió fatalmente—. No, no estoy dispuesta a dar a nadie mi dinero. Lo he defendido toda mi vida, contra todos, año tras año… No voy a entregarlo ahora… ¡No! ¡Nunca!

En aquel momento entró Joanna en la estancia en que ellos se hallaban. Como no había oído lo que hablaban, se limitó a comentar:

—Viene Yvette…

Miraron a través de los cristales de la ventana. Desde allí se veía enteramente el sendero que llevaba hacia Peyssen. En efecto, Yvette Blair había salido de la localidad camino del caserón.

Iba sola. Como solía hacer. Tanteaba con su bastón la hierba que bordeaba el sendero y eso le bastaba. Sabía que el camino concluía al llegar al caserón dé su amiga Mara Sanders, y desde luego no necesitaba más para orientarse.

—Iría a buscarla, para acompañarla hasta aquí — dijo Joanna a Cornell, a guisa de explicación—, pero no quiere que lo hagamos. Le gusta llegar sola, no haber dependido de nadie.

—Tiene costumbre de hacerlo — repuso Mara Sanders—. No tenemos por qué preocuparnos. Antes de veinte minutos estará aquí.

*

Yvette Blair iba avanzando por el camino. Lo había hecho muchas veces. Una más no podía tener importancia.

Entonces, ¿por qué sentía ahora esa opresiva y angustiosa sensación, que parecía cortarle la respiración, ahogarla? Jamás había experimentado nada semejante.

Por un instante le dieron tentaciones de girarse y volverse. De regresar a su pequeña casa, donde se sentiría mejor, más "tranquila, más al margen de cualquier peligro.

Pero ¿qué peligro podía acecharla a ella en ese camino qué la llevaba rectamente al caserón de Mara Sanders? Ninguno. Claro que no. Se estaba dejando llevar por un miedo sin sentido.

Tanteaba la hierba que bordeaba el camino. La tanteaba con más atención que nunca. Por si acaso… Por si su sensación tuviera algo de veraz… ¡Y dale con lo mismo! ¡Qué pusilánime se estaba volviendo!

Siguió adelante. Pronto llegaría. No debía faltarle mucho. Como máximo unos doscientos metros.

En eso, oyó la voz conocida que la saludaba, y se sintió más tranquila, mucho más tranquila. Estaba necesitando alguien a su lado. Debía reconocerlo.

La persona recién llegada debió reparar en su inquietud, por lo menos ella lo dedujo así porque se ofreció a acompañarla. Le aseguró que no era ninguna molestia.

Yvette Blair le sonrió, respondiéndole que le agradecía mucho el ofrecimiento.

—No sé por qué — le confesó—, pero n 2 sentía asustada— Muy asustada. Ir acompañada hasta el caserón, le devolverá el ánimo…

—Apóyese en mí.

—Gracias.

Yvette Blair carecía de visión, así que no podía saber que la bruma del pantano se había extendido, desparramado, de súbito, por los alrededores. Solía suceder a menudo. En tales casos, ya no se veía a más de cinco pasos de distancia.

En consecuencia, ahora, desde el caserón de Mara Sanders, nadie podía ya reparar en ellos…

Supondrían que Yvette Blair iba sola, como le gustaba. Que hubiera bruma, por intensa que ésta fuera, no era ningún impedimento para ella. No se hallarían intranquilos por eso. Simplemente estarían esperando que llegara.

Yvette Blair siguió adelante, ya sin tantear con su bastón la hierba que crecía al borde del camino. ¿Para qué necesitaba ese punto de orientación, si se apoyaba en un brazo que generosamente le ofrecía

guiarla hasta donde deseaba ir? Hubiera sido una precaución inútil.

Le pareció, eso sí, que el camino se hacía más largo. Pero, claro, debían ser meras apreciaciones suyas. No podía ser más largo, ni más corto.

De manera inesperada, la persona que la acompañaba, dijo.

—Me están llamando…

—No he oído nada — dijo Yvette Blair.

—Me llaman por señas. Se ve que corre prisa… Voy a tener que irme ahora mismo, ¡cuánto lo lamento! Pero sólo faltan unos cincuenta metros para el caserón…

Ella le dijo que no se preocupara, cincuenta metros era muy poca cosa. Allí, ya tan cerca de su amiga, no podía sentir miedo. Ni podía sentirse desasosegada por nada.

La persona que la había llevado hasta allí se alejó de su lado.

E Yvette Blair volvió a tantear con su bastón la hierba que bordeaba el camino…

Pero ignoraba que aquel camino no era el que conducía al caserón, sino el que, desde la parte izquierda de éste, llevaba rectamente hasta las aguas cenagosa del pantano. Lo ignoraba porque estaba ciega. No veía ni sombras. Para ella todo eran negras tinieblas.

Sin embargo, ahora se sentía ya confiada, por lo que avanzaba tranquilamente, segura, sin recelos de ninguna índole.

Pero de pronto notó que sus pies no se asentaban sobre suelo firme, sino que, por el contrario, resbalaban patinaban como si se hallasen sobre puro cieno…

Comprendió que había llevado un camino equivoca, do, que se hallaba junto a la orilla del pantano, y llena de espanto, de horror, se quedó sin saber qué hacer, sin atreverse a dar un paso más, porque ese paso más podía ser el fatal, el definitivo.

Pero su acertada determinación llegó tarde, porque ya estaba casi metida en pleno pantano, y la prueba la tuvo del modo más espeluznante. El lodo que estaba bajo sus pies empezó a ceder bajo su peso y se sintió lentamente llevada hacia abajo, hacia el fondo.

Primero los tobillos, después las piernas hasta alcanzar las rodillas…

Entonces gritó. Como para taladrar los tímpanos a cualquiera. Con toda su desesperación.

El fango y las aguas cenagosas la cubrían ya hasta medio muslo…

Extendió los brazos para encontrar en qué asirse. Lo hizo con un gesto precipitado, histérico, que agitó demasiado su cuerpo, lo que hizo que se fuera hacia abajo con más celeridad.

Volvió a gritar. Esta vez fue un alarido exasperado, frenético, que ya parecía llevar consigo la agonía de la muerte.

Porque la muerte le llegaba ya a la cintura, y al poco le alcanzó ya

el pecho e instantes después le llegaba al cuello…

No había encontrado a qué cogerse. Se sentía perdida en aquella masa que la absorbía inexorablemente. Era ya la suya, no cabía dudarlo, una condena inapelable.

Volvió a gritar…

Fue entonces cuando oyó, y reconoció, la voz del joven que la había visitado el día antes, en su pequeña casa, en Peyssen. ¿No dijo llamarse Cornell Redd? Sí, si… Acababa de oír su voz.

—Aguante, señorita Blair… ¡No se mueva! Corro a su lado…

Aquel joven tan alto y fuerte era su única esperanza. Quiso, pues, no moverse, obedecerle. Ese debía ser el único modo de sostenerse a flote unos segundos más, los que podían ser su salvación… Pero se movió, sin poder evitarlo, y el lodo, inexorablemente, la llevó más hacia el fondo…

Desapareció su cabeza. A la vista sólo quedaron sus manos, en un patético gesto, crispadas, agarrotadas, acusando la mortal contracción de sus miembros… Delatando las sacudidas finales de su cuerpo, que se agitaba en mortales estertores… Evidenciando aquellos escalofríos de muerte, que ya estaban siendo los últimos…

Cuando Cornell Redd llegó allí, ya no era posible hacer nada.

La superficie del pantano permanecía ya siniestramente lisa. Como si nada en absoluto hubiera sucedido.

Capítulo X

NO terminaban de comprender cómo había podido suceder aquella desgracia a Yvette Blair y se sentían todos ellos realmente consternados

Reunidos en la biblioteca no acertaban a sobreponerse a aquel hecho horrible, espantoso, que no parecía tener explicación.

Dorian les estaba sirviendo unos whiskys. Buena falta les estaba haciendo.

—Yvette conocía el camino palmo a palmo... — dijo Mara Sanders —. Lo había recorrido infinidad de veces. No tiene sentido lo que ha sucedido.

—En efecto señora — intervino Dorian, que en aquellos momentos estaba sirviéndole a ella —. No tiene sentido. tanto es así... —pero se interrumpió antes de concluir.

—¿Qué ibas a decir? - Preguntó Jessica —. Termina la frase. No nos gusta el suspense.

— Iba a decir, señorita Jessica — continuó Dorian, si bien con ciertos reparos — que yo de ustedes, avisaría a la policia.

—¿A la policía? — inquirió Joanna, lenatandose muy nerviosa de su asiento.

—¿A la policía? — Repitió Melania, que estaba muy pálida, muy ojerosa, pareciendo las más afectada. — ¿A qué viene esto? No comprendo adónde quieres ir a para.

Encuentro muy extraño lo que ha sucedido — dijo Dorian.

—Muy lógico no ha sido — admitió Joanna—. Pero de eso a avisar a la policía…—y añadió—: Yvette era ciega, debió equivocar el camino e ir a parar al pantano… Mirado así, no resulta tan extraño…

—Discúlpenme —se excusó Dorian—, no he debido intervenir en la conversación de ustedes. Pero háganse cargo, aquí estamos todos muy nerviosos.

Cornell Redd había escuchado este cambio de impresiones, sin intervenir. Prefiriendo que fueran otros los que hablaran.

Pero ahora fue él quien dijo:

—Unos segundos antes y hubiera llegado a tiempo, Es lamentable… Y lo es con doble motivo, puesto que Yvette Blair nos hubiera podido decir el nombre de su asesino…

—¿De su asesino? — Melania respingó, poniéndose aún más pálida.

—Quien la llevó al camino que conducía al pantano, quien abusó alevosamente de su ceguera, quien cometió con ella tal monstruosidad, ¿acaso no es un asesino?

—Entonces, ¿usted opina que alguien…? — y Mara Sanders se quedó con la boca seca, sin saliva.

La conversación no prosiguió. Acababa de llegar el doctor Jason Wittoes, enterado ya de lo sucedido a la ex trapecista.

—Ahora que yo iba a devolverle la visita… —comentó.

Más tarde, estando a solas con Jessica, el doctor Wittoes amplió su comentario. Que oyó perfectamente Cornell Redd, pues se había quedado cerca. No le inspiraba aquel hombre la menor confianza y quería poder defender a la muchacha, si es que se terciaba.

—Si la operación hubiera sido un éxito, todo habría cambiado en mi vida. Triunfar donde han fracasado los más famosos me hubiera devuelto la fama que tuve, ¿comprende, Jessica?

—Sí, doctor — se limitó a decir ella.

—Entonces, siendo ya alguien, hubiera podido dedicarme la mujer que amo… —y su mirada volvió a quitarle la ropa de encima, de un modo que resultaba, no solo insultante, sino también angustioso y estremecedor—. Pero Yvette Blair ha muerto y yo sigo sin ser nadie… Sin embargo, antes o después, recuperaré mi prestigio… Delo por seguro, Jessica… Una operación u otra, me devolverá al mundo del que nunca debí ser arrojado…

A la muchacha no se le ocurría qué hacer ni qué decir para acabar de una vez con las insinuaciones de aquel hombre al que encontraba odioso. Desde luego, quería no darle pie a esperar nada. Tal vez por eso se atrevió a mencionar:

—En Peyssen oí hablar de usted, doctor, en unos términos que, francamente, no le resultaban nada halagüeños. Precisamente, haciendo mención de cierta intervención quirúrgica que usted llevó a cabo…

—En otra ocasión le hablaré de eso, Jessica — le cortó, bruscamente—. Ahora sería prematuro hacerlo.

Cornell Redd decidió intervenir. La muchacha no iba a ganar nada siguiendo adelante con aquella conversación.

Así pues, se presentó ante ellos. Lo hizo con naturalidad y desenvoltura, preguntando: — ¿Me he dejado por aquí el encendedor?

Cuando el doctor Jason Wittoes se hubo ido ya, Jessica le agradeció que, de aquel modo, la hubiera ayudado.

—No sé, pero ese hombre me inspira cada vez mayor recelo — le hizo saber—. No lo puedo remediar.

—No te preocupes — le sonrió Cornell—, mientras yo permanezca aquí, sabré cuidarte. ¡Cómo no voy a saber hacerlo, si tú eres lo que más me importa en este mundo!

—¿Dónde dejas a tu rubia platino? — Acababa de recordarla, poniéndose nuevamente de mal humor.

—No me interesa esa mujer.

—Pues supiste disimularlo muy bien…

—Un instante de debilidad es algo propio de un hombre — se

disculpó a sí mismo—. Pero de un hombre también es propio enamorarse de verdad, para toda la vida.

La estrechó fuertemente entre sus brazos, y la besó en la boca.

—Qué, ¿ya me has perdonado? — preguntó luego.

Jessica quiso decirle que no, que una y mil veces no

Pero terminó respondiéndole dulcemente:

—Sí…

*

Debían ser las tres de la madrugada.

Amenazaba lluvia.

Sin embargo, no llovía aún, y el calor resultaba bochornoso, agobiante, sencillamente insoportable.

Pero Joanna no había abierto la ventana de su dormitorio, no se había atrevido a hacerlo. Recordaba demasiado a lo vivo lo que, por cometer tamaña imprudencia, le había sucedido a su hermana Elisabeth.

No obstante, tanto apretaba el calor, que se le ocurrió entreabrir la puerta que daba al pasillo.

Luego volvió a la cama, esforzándose por conciliar el sueño. Pero antes de acostarse había dicho a tía Mara que no debía entregar las cuarenta mil libras, que si lo hacía no volvería a dirigirle la palabra. Y al así expresarse se había violentado, excitado, y ahora no podía dormir. Pero, claro, ella tenía que luchar por lo que en el día de mañana iba a ser para ella.

Finalmente se adormeció…

Y fue entonces, no sabía exactamente si estaba ya dormida o si aún permanecía despierta, cuando oyó aquel ruido. Un ruido como de alguien, o algo, que se fuera arrastrando por el suelo.

Se quedó estremecida…

Le costó reaccionar, moverse…

Pero terminó saltando al suelo de un brinco, queriendo cuanto antes dar con la puerta.

Pero era por allí, por la puerta, por donde se había colado aquella serpiente verde y amarilla, de cuerpo viscoso y frío. Y era por allí, fatalmente, por donde menos se podía pasar.

La demostración no pudo ser más clara. De súbito, la serpiente se encrespó, irguiendo su ondulante cuerpo, y se lanzó sobre Joanna.

Breves segundos después, alrededor del cuerpo de la muchacha, la serpiente daba una y otra vuelta, convertida en algo así como una siniestra espiral.

Joanna se puso a gritar…

Como una loca.
Como una posesa.
Como alguien que comprende que ya todo es inútil.
La cabeza horrible de la serpiente, estaba muy cerca de su rostro, pavorosamente cerca. Casi le tocaba con su lengua bífida, que entraba y salía de su monstruosa boca en medio de un jadeo digno de un infierno. Era como para que, del espanto, se le parara de pronto el corazón.
Pero su corazón era joven, fuerte, y no se detenía, seguía latiendo. Y ella continuaba gritando, presa de un pánico sin límites.
Pero de pronto sus gritos quedaron cortados. Como segados implacablemente por la cortante cuchilla de una guillotina…
La serpiente había partido en dos su cuerpo.

*

Al primer grito, Cornell Redd corrió hacia la puerta de su habitación, disponiéndose a salir. No tardaría ni diez segundos en llegar al lado de Joanna, que era quien dejaba oír aquellos terribles y demenciales chillidos.
Sin embargo, la llave de la puerta no obedeció su gesto, se había roto y estaba encasquillada. Ello privaba de poder abrir o cerrar. Tuvo que forcejear con la cerradura, y mucho, para poder finalmente salir al pasillo.
Cuando lo consiguió, desgraciadamente, la pobre Joanna ya no necesitaba ninguna ayuda.

Capítulo XI

LA bruma del pantano se había extendido nuevamente mucho más allá de sus orillas. Era una bruma pesada, húmeda, que se calaba en la epidermis y dejaba los pelos de punta.

—Esta noche voy a ir al pantano, junto a esos cañaverales— dijo Mara Sanders, con un tono de voz que se esforzó para que no trasluciera su propio miedo—. Debo hacerlo, aunque sólo sea para dar largas al asunto… De lo contrario, esta misma noche, quizá, me tocará morir a mí…

—No me parece mal — repuso Cornell Redd — pero yo la seguiré… Si bien a una distancia prudencial, para que nadie pueda reparar ni siquiera sospechar mi presencia.

—Sabiéndole cerca me sentiré más tranquila.

—Pero antes de salir, dígale a Melania que se encierre en su dormitorio y que no abra bajo ningún concepto. Otro tanto le diré yo a Jessica. Es preciso que no se cometan más imprudencias…

—De acuerdo, señor Redd.

No mucho más tarde, Mara Sanders, temblando de pies a cabeza, pero pese a todo venciendo su miedo, llegó junto a la orilla derecha del pantano, junto a aquellos cañaverales que formaban un grupo compacto.

Una vez allí, murmuró:

—Gerald… Gerald…

Instantes después veía surgir, por entre el lodo de aquellos cañaverales, la cabeza de la enorme y monstruosa serpiente, de «Matti». Luego apareció el cuerpo, largo, inacabable, atrozmente frío y viscoso.

—Traeré el dinero —dijo ella — un día de éstos… Sin falta… Así que pueda."… No mates a nadie más…

Se oyó, entonces, la voz de Gerald Mulligan. ¡Aquella voz tan especial, que Mara Sanders hubiera reconocido entre mil!

Deja las cuarenta mil libras aquí mismo, junto a estos cañaverales… O te pesará… Si me desobedeces, moriréis todos… También tú…

Las mismas palabras que la otra vez. Exactamente las mismas. Ni una más ni una menos.

Seguidamente, la serpiente retrocedió. Desapareció lentamente por entre los cañaverales. No había de volver.

Mara Sanders, a su vez, optó por regresar al caserón,

Ya en su interior, habló con Cornell.

—¿Le ha oído, señor Redd?

—Sí, perfectamente.

—¿Ve cómo es cierto…?

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Le he dicho que llevaré el dinero un día de estos… Que no mate a nadie más… De momento, pues, no debo de temer nada, ¿no le parece a usted?

—Supongo — se limitó a decir.

—Si me matara, mal podría sacar el dinero del Banco y llevárselo… Así que respetará mi vida. En realidad no puede hacer otra cosa.

—Supongo — volvió a decir Cornell.

—Bueno"—terció Mara Sanders—, creo que lo más sensato sería que vendiera el caserón y que me fuera de aquí, ¿no cree? Sí, sí — se reafirmó en su idea—, lo venderé y me iré a otra parte.

—Es una solución.

—Pero antes he de vender el caserón — puntualizó—. No es que me costara mucho, pero no voy a perder ese dinero…

—Es peor perder la vida — apuntó Cornell Redd, previniéndola por si acaso.

—Por un par de días, no me sucederá nada. Ni a mí, ni a Jessica, ni tampoco a Melania. ¿Acaso no le he dicho a Gerald que le llevaré el dinero? No, seguro que por un par de días no sucederá nada malo. Mientras tanto venderé el caserón.

—Buena suerte.

Lo dijo como si acabara de desentenderse un poco de todo aquel embrollo y siniestro asunto.

*

Tal vez hubiera algo de eso, porque al día siguiente, durante el desayuno, les comunicó:

—Un caso urgente me reclama en Londres. Lo lamento muchísimo, pero tengo que irme. De todos modos, les prometo que regresaré así que me sea posible.

A nadie, al parecer, le gustó la noticia. Todos torcieron el gesto.

El que más, Dorian, el sirviente del caserón, que instantes después, cuando Cornell Redd se hubo ya levantado de la mesa, le siguió.

—Señor Redd, usted debió prevenirme de que iba a irse — le dijo —. Hubiera hecho ya las maletas, largándome de aquí… ¿No se hace cargo?, usted es la única persona que me inspira absoluta confianza… Todos los demás, no sé…, no sé… Bueno, la señorita Jessica es distinta, de ella también me fiaría. Pero de todos los demás, la verdad…

—Ayer, ni yo mismo sabía que iba a irme — se excusó—. Pero no se preocupe,- Dorian, regresaré así que pueda.

—Se lo agradeceré, señor.
—Mientras tanto, no cometan imprudencias de ninguna índole.

Capítulo XII

—¿VA estás de regreso? ¿Tan pronto? — se asombró—. ¿Ya lo has averiguado todo…?

—No, jefe — dijo Cornell Redd—, todavía no he averiguado nada.

—Entonces, ¿qué haces aquí? — y rezongó—: No he enviado allí a mi mejor detective para que me salgas con éstas… Pues yo no puedo ayudarte. Esta misma tarde salgo en avión con mi esposa hacia… —… las Cataratas del Niágara. Para celebrar el veinticinco aniversario de su boda. Lo recuerdo perfectamente.

—Comprenderás, pues, que vas a tener que arreglártelas solito. Pero si vales tanto, tú mismo lo aseguras…

—Claro que sí, jefe — afirmó Cornell—. Pero para llegar al desenlace de esta historia, no bastan suposiciones, ni conjeturas… Necesito datos, y es lo que he venido a buscar.

—¿Adónde? ¿A este despacho?

—Usted conoce a un tal Milttore, creo que está muy metido en asuntos cinematográficos. Es director de no, sé qué compañía, o productora, o distribuidora…

—Sí, le conozco. ¿Pero a qué viene esto ahora?

—Deme una tarjeta de presentación. Tengo que entrevistarme inmediatamente con él.

Gracias a ese tal Milttore, Cornell Redd consiguió lo que se proponía, que era algo mucho más difícil de lo que pudiera parecer a primera vista.

En primer lugar, logró averiguar bajo qué nombre actuó en las películas, veinte años atrás, Gerald Mulligan. Luego, consiguió saber los títulos de todos esos filmes en que consiguió un papel, más o menos lucido aquel joven extra. Seguidamente, le fue permitido presenciar la proyección de todas aquellas cintas, por mediocres, y ya por viejas, almacenadas y dadas casi al más absoluto olvido.

Esas películas eran, en total, cuatro. En la última Gerald Mulligan apenas aparecía en el celuloide durante un escaso minuto.

Horas más tarde, Cornell Redd, tras agradecer a Milttore su inapreciable ayuda, volvió a ponerse ante el volante de su coche. Antes, no obstante, había pasado por su apartamento, para tomar una ducha y cambiarse de ropa.

Fue entonces cuando oyó el teléfono. Al descolgarlo, reconoció perfectamente la voz de Loretta Angus.

—¡Oh!, ¡qué alegría que ya estés de vuelta! —le oyó exclamar—. Tengo tantas ganas de volver a verte…

La respuesta no abrigó lugar a dudas.

—Me despedí definitivamente de ti, Loretta. Lo lamento. Ya te lo dije, voy a casarme.

Ahora iba ya camino de la localidad de Peyssen. El cuentakilómetros se disparaba. No tardaría en llegar

El cielo se estaba encapotando por momentos. Cada vez aparecía más oscuro, más negro, más amenazador.

Pronto llovería. Y cuando lo hiciera, sin duda sería de un modo persistente, tenaz, como el día que Cornell Redd llegó allí, a Peyssen, por primera vez.

En aquella ocasión, se detuvo en la gasolinera. Podía irle bien hablando un poco con el empleado. Le interesaba, qué duda cabe, empezar a saber a qué atenerse respecto a las personas que iba a conocer.

Pero ahora era ya distinto. No tenía precisión de detenerse para nada. Sabía ya cuánto necesitaba saber.

Cuando llegó al caserón, e hizo sonar el aldabón de la puerta principal, Dorian le abrió enseguida.

Gratamente sorprendido, no pudo menos, sin embargo, de referirle sin pérdida de tiempo, con una voz donde el miedo que sentía se había convertido en pánico, que Mara Sanders se había vuelto loca del todo.

—¿Pues qué ha sucedido en mi ausencia…? — preguntó Cornell.

—La señorita Jessica se lo explicará. Yo creo que 'ella es la única que sigue con la cabeza en su sitio… La señorita Melania está también muy excitada — añadió Dorian — desde que sabe que su tía ya no se opone a nada… Incluso ha tenido que visitarla el doctor Wittoes… Pase usted, señor Redd, a ver si consigue que todo vuelva a una relativa tranquilidad…

Cuando se presentó en el dintel de la puerta de la biblioteca, y Jessica le vio, se levantó de un brinco y corrió hacia él. Cornell Redd le abrió los brazos y ella buscó su cobijo junto a su pecho.

—¿Qué ha sucedido…? — preguntó Cornell, tras haber intentado calmarla un poco.

—No sé siquiera si es cierto o no…—repuso Jessica—. Sólo sé que mi tía se ha trastornado por completo…

La miraron. Estaba hundida en un sillón, con la mirada obstinadamente clavada en un enorme fajo de billetes que tenía sobre su regazo. Sus manos lo sujetaban fuertemente, como si ella fuera un náufrago y aquella su única tabla de salvación.

—Ese dinero…—apuntó Cornell.

—Lo ha sacado de su cuenta corriente. Son cuarenta mil libras. Está dispuesta a entregarlas a tío Gerald bueno, a la serpiente…, bueno, está dispuesta a dejarlo donde la voz le dice…

—Ha perdido la razón — intervino Melania, yendo hacia Cornell —. De otro modo no se explica que esté dispuesta a una cosa así. Mi tía es incapaz, en su sano juicio, de entregar su dinero a nadie…

Cornell se acercó a Mara Sanders. Esta levantó su mirada hacia él.

Parpadeó insistentemente. Luego le dijo:

—Me veo obligada a hacerlo, ¿comprende? De lo contrario, Gerald me partiría en dos, como hizo con Elisabeth y con Joanna… No, no puedo escapar… Me lo ha dicho bien claro, me alcanzaría antes o después…

—Su marido, señora, ha muerto — repuso Cornell, con gravedad en su voz—. No debe temerle.

—Sí, le temo… Gerald vive en el interior de la serpiente y desde allí se hace obedecer… Si no le entrego el dinero, dirá a la serpiente que me parta en dos… ¡Oh, no quiero tener una muerte tan atroz, tan pavorosa, tan infernal! —se echó a llorar.

Pero su histérico y a la vez alucinante llanto, no le privó de seguir sujetando muy fuerte, casi, con frenesí, aquel fajo de billetes. Cuarenta mil libras. Toda una fortuna.

—¿Cuándo va a dejar ese dinero junto a los cañaverales?— le preguntó Cornell Redd, tras una pausa.

—Esta noche. Cuando ellas… — miró a Melania, y a Jessica — se hayan acostado. Cuando todo esté en silencio. Cuando nadie me vea.

—¿Por qué, precisamente, entonces…? — quiso saber.

—Ellas no quieren que dé ese dinero. Serían capaces de robármelo, de arrancármelo de las manos…

—Haga lo que quiera con su dinero — dijo Jessica—. Nosotras no se lo vamos a impedir. Ni Melania ni yo. Ninguna de las dos.

—Habla por ti — repuso Melania, muy excitada — y deja que yo hable por mí misma. Porque yo opino de distinta manera que tú, Jessica. No tiene derecho a dejarnos sin nada.

—¿No es suyo ese dinero? — inquirió Jessica—. Pues puede hacer con él lo que quiera.

—¿Qué le ha sucedido en mi ausencia? — preguntó Cornell, dirigiéndose a Mara Sanders—. Algo muy grave ha tenido que ser, cuando la encuentro tan cambiada…

—«Matti», la serpiente verde y amarilla, entró anoche en mi dormitorio — le refirió Mara Sanders. La mirada se le iba, se le extraviaba—. No sé cómo… Resulta alucinante, enloquecedor… Yo tenía la ventana cerrada y la puerta también… Pero entró y me enroscó de un modo horrible… Cada vez más, hasta casi ahogarme… Pero cuando ya sólo faltaba un poco para mi muerte, se aflojó su cuerpo y se alejó, se marchó… Fue un aviso, no cabe dudarlo… O doy el dinero, o volverá a enroscarme y esa vez para llegar hasta el final.

—Dice que la serpiente se alejó, se marchó… ¿Adónde?— inquirió Cornell Redd—. Si la ventana estaba cerrada y la puerta también…

—Sí, estaban cerradas. Pero se fue, desapareció… No sé por dónde… Sin duda, por donde había entrado… Yo estaba medio desvanecida… El terror se había adueñado de mí…

—Me hago cargo — dijo Cornell Redd—. Debieron ser unos instantes espeluznantes, como para perder la razón… —y mascculló para sí: «Y Mara Sanders ha perdido la poca razón que ya le quedaba».

Capítulo XIII

AQUELLA pausa, que pareció estar cargada de electricidad, fue cortada por la voz de Mara Sanders, que volvió a repetir:

—No, no puedo escapar… Me lo ha dicho bien claro, me alcanzaría antes o después…

—Si quiere… — Cornell Redd cogió el vaso de whisky que Dorian le ofrecía — yo le repetiré a usted…—se dirigía única y exclusivamente a Mara Sanders — le repetiré, una a una, las palabras que su marido, Gerald Mulligan, le dijo…

Mara Sanders le miraba. No terminaba de comprenderle. Si bien, en honor a la verdad, en esta ocasión, tampoco le habían entendido sus sobrinas.

—Su marido le dijo, exactamente… «No huyas, desgraciada… Te daría alcance… Puedes darlo por seguro…». ¿Verdad que fueron éstas, exactamente, sus palabras?

—¿Cómo lo sabe? — preguntó Mara Sanders

—¿Cómo puede saberlo, si usted no estaba en mi dormitorio, si se encontraba usted en Londres?

—Lo sé, porque me pareció muy extraño, insólito, y sobre todo sospechoso, que su marido le exigiera el dinero aquella noche, junto a los cañaverales, con las mismas palabras, exactamente las mismas, que, según usted, me refirió, lo hizo la primera vez… Porque me fui a Londres, sí, a buscar una respuesta a ese interrogante… Y porque, afortunadamente, esa respuesta la he encontrado…

—¿Qué quieres decir? — preguntó Jessica, desconcertada del giro que había tomado la conversación.

—Su marido, señora — prosiguió Cornell Redd —, interpretó cuando era joven, cuando tendría unos veinte o veintidós años, cuatro películas. Papeles cortos, brevísimos, que no por ello dejaban de tener su relativa importancia… He presenciado la proyección de tales filmes. De ello que haya averiguado lo que buscaba…

—¿Qué buscaba? — preguntó Melania, que cada vez más excitada no dejó que Dorian se retirara, y le hizo un gesto para que volviera a servirle otro whisky.

—En una de esas películas, Gerald Mulligan encarna a un personaje de baja catadura moral, algo así como el secuaz de un gánsgster…—refirió Cornell—. En cierto momento de la proyección, por exigencias de la secuencia que se desarrolla y siguiendo, claro está, su correspondiente guión, exclama: «No dispares, Mara… ¡No dispares! ¡Yo no estoy muerto y me matarías si dispararas!…» En la película en cuestión, la protagonista se llama Mara… Como usted, señora… Una coincidencia…

—No entiendo lo que ha explicado — murmuró Mara.

—Yo creo que empiezo a entenderlo…—musitó Jessica.

—En otra de sus películas — prosiguió Cornell Redd — exige, pistola en mano, cuarenta mil libras al protagonista del filme… Sus palabras, en tal secuencia, son exactamente: «Deja cuarenta mil libras aquí mismo, junto a esos cañaverales, o te pesará… Si me desobedeces, moriréis todos… También tú…». ¿Se da cuenta, señora?, las mismas palabras que usted lleva oídas por dos veces consecutivas…

—No comprendo — dijo Mara Sanders, parpadeando.

—Pues está bien claro — sentenció Cornell, sin creer necesario dar más rodeos—. Alguien ha logrado una cinta magnetofónica de esos filmes, de esas escenas, consiguiendo, en consecuencia, tener captada la voz peculiar, inconfundible, de Gerald Mulligan…

Se detuvo, sin que esta vez nadie dijera nada.

Prosiguió:

—Un modo como otro, de hacerle creer a usted, señora, que su esposo seguía viviendo… Una forma de sacarle esas cuarenta mil libras… En realidad, hasta aquí, fácil de deducir… Si su marido estuviera realmente vivo, y quisiera ese dinero, se lo hubiera pedido de distintas maneras, con diferentes palabras… La repetición hacía f pensar, inevitablemente, en una cinta magnetofónica…

—Pero ¿quién? — inquirió Melania.

—¿Quién? — Cornell Redd, ahora, les miró a todos.; Si bien brevemente—. Alguien que, para que cundiera el pánico en usted, señora — volvía a mirar a Mara Sanders exclusivamente—, y cediera usted a las exigencias requeridas, eliminó a sus dos sobrinas, Elisabeth y Joanna, e hizo, la otra noche, que la serpiente, «Matti», se le | enroscara al cuerpo… Ya en este punto, llegamos a la conclusión, pues, de que ese «alguien» sabe hacerse obedecer por «Matti». ¿Quién?, ha preguntado usted, señorita Melania.. En parte, se lo voy a decir enseguida.

Todos miraban a Cornell Redd. Todos se mostraban expectantes. Incluso Dorian, que se había quedado en medio de la estancia con un whisky en la mano

—Alguien…—puntualizó el joven — que Yvette Blair I conocía… O que, mejor dicho, hubiera reconocido si, de haber sido operada por el doctor Jason Wittoes, hubiera recobrado la vista… No era fácil que el éxito coronase la intervención quirúrgica, pero el asesino no quiso correr el riesgo y la mató… Bueno, la hizo ir hacia el pantano… Para el caso es lo mismo. Eso equivalía a la muerte.

—¡Qué horror! —exclamó Jessica.

—Alguien… — remachó Cornell Redd — que, indudablemente, es de esta casa… Sólo así se comprende que «Matti» pudiera entrar en el dormitorio de Joanna, y ayer noche, en el de usted, señora… Pero,

claro, usted tenía la ventana y la puerta cerrada, y llegamos de nuevo a otra conclusión… «Matti» debió pasar por alguna entrada secreta… Lo que vuelve a hacernos deducir que el asesino es de esta casa…

Jessica tembló.

Melania también.

Otro tanto hizo Dorian.

En cuanto a Mara Sanders, era ya un puro temblor desde hacía rato. Daba verdadera conmiseración mirarla.

—Por lo demás, la noche que murió Joanna — Cornell Redd no les concedía tregua — yo no pude salir de mi habitación con toda la rapidez que hubiera deseado, porque me encontré estropeada la llave de la puerta… Evidentemente, alguien la estropeó a conciencia para dar tiempo a que «Matti» huyera… Pero, claro — añadió— todavía no he dicho quién es ese alguien…

Una pausa durante la cual ninguno de los presentes respiró. Todos se habían quedado con el aliento contenido.

—Por descontado — manifestó — lo que ya he dicho, alguien a quien Yvette Blair hubiera podido reconocer… Y si insistimos sobre el hecho de que ese alguien sabe hacerse obedecer por «Matti» llegamos, pues, a una tercera conclusión. Ese alguien debió ser compañero de Gerald Mulligan cuando éste trabajaba en el circo… En el mismo circo en que por aquel entonces actuaba como trapecista Yvette Blair…

Dorian no pudo soportar por más tiempo aquella intensidad emocional. Los nervios se le rompieron dentro del cuerpo.

—¡Basta ya!—exclamó—. ¡Si sabe que el asesino soy yo, puede decirlo de una vez! —pero de pronto se calmó, y entonces añadió—: De todas maneras, no le quedará vida para contarlo…

—¿Usted cree, Dorian? —y Cornell Redd se volvió serenamente hacia él—. Sí que me pone fea la cosa…

—De que no le quede vida para contarlo, me encargo yo y… ¡«Matti»! — al pronunciar el nombre de la serpiente, había alzado considerablemente la voz. Fue una llamada.

Una llamada que enseguida fue obedecida, acatada pues breves instantes después, la serpiente aparecía en el dintel de la puerta, llenando de pavor a todos los presentes.

Reptando su cuerpo amarillo y verde de un modo espeluznante, rastreando el suelo en unos zigzags aterradores, llegó hasta ellos… Entonces irguió "parte del cuerpo, alzó diabólicamente la cabeza y sacó su lengua bífida… Jadeaba amenazadoramente…

—Con esta aliada, no puedo sentirme perdido —dijo Dorian.

Todos se hallaban inmóviles, paralizados. Ni convertidos en puras estatuas se hubieran quedado más de una pieza.

No así Cornell Redd, que siguió tranquilo, sereno sin inmutarse en lo más mínimo. Tras unos segundos, dejó oír su voz.

—Si no va a quedarme vida para contarlo, ¿por qué no me lo aclara todo un poco más, Dorian?

—No tengo inconveniente — dijo éste, que se acercó más a «Matti», sin duda para sentirse más protegido—. Será un placer.

—Le escucho…

—En efecto — repuso Dorian—, yo era compañero de Gerald Mulligan, trabajábamos juntos en el mismo número… Pero ese número carecía de auténtica categoría, así que el público empezó a silbar… Todos los aplausos parecía acapararlos Yvette Blair… Finalmente, yo dejé el circo y me vine a Peyssen… Entré a servir aquí… Mi vida tomó otro rumbo… Pero un día, de eso ya no hace mucho, me encontré con Gerald Mulligan, que casualmente había conocido a Mara Sanders y al parecer le había causado una buena impresión…

Se interrumpió brevemente.

—Entonces, yo le dije a Gerald que ella era rica, muy rica, que yo lo sabía de fijo — continuó diciendo — y que si se casaba con ella podría hacer un magnífico negocio. Siguió mis consejos y llegó hasta el matrimonio. Pero Mara Sanders siempre ha sido endiabladamente avara, y no soltaba su dinero… Sólo una pequeña cantidad de vez en cuando, pero poca cosa… En realidad, Gerald Mulligan seguía obsesionado con su profesión, con sus serpientes, no estaba bien de la cabeza… Le dio por decir que iba a estudiar un número, en que la serpiente le tragaría y luego le permitiría salir de nuevo. Fue entonces, señor Redd, cuando se me ocurrió tratarlo todo… ¿Por qué no? Podía resultar sencillo, teniendo en cuenta lo excitable y susceptible que era Mara Sanders y el miedo inicial que ya le tenía a su marido… Además, como Gerald Mulligan había interpretado aquellos filmes… No podía costarme hacerme con una cinta magnetofónica…

Prosiguió tras unos segundos de pausa:

—Gerald Mulligan, tras permanecer con sus serpientes por espacio de varias horas, solía beber brandy, a veces hasta emborracharse…

—Pero por si no terminaba de emborracharse — dijo Cornell — le narcotizó la bebida. Así, seguro, que no recobraría el conocimiento mientras la bestia le iba engullendo poco a poco…

—Exacto — corroboró Dorian—, como exactas han sido sus anteriores suposiciones. Entre éstas, el por qué me encargué de quitar de en medio a Yvette Blair. No, no quería que me reconociera… Ya que con anterioridad mi voz no le había dicho nada, y ya que yo había optado por no hacer referencia al pasado… Amparado en estos factores, había actuado a placer… No, no podía permitir que a última hora ese detalle lo echase todo a rodar.

—Comprendido — dijo Cornell.

—Cuando Mara Sanders fue a disparar la escopeta — prosiguió

Dorian — conecté el magnetófono. Me bastó darle disimuladamente a un pequeño resorte, en la pared, lo tenía todo debidamente preparado… ¿Que cómo sabía que iba a coger la escopeta…? En realidad, yo llevaba la idea de inducirla a ello… Pero no hizo falta… Ella misma intuyó que a Gerald le sucedía algo horrible… Ella misma decidió ir a buscar el arma… Todo me salió perfecto… Antes — agregó —había abierto las jaulas, para tener las tres serpientes a mis órdenes… ¿Acaso no había sido ése mi trabajo, durante años? Lo lamentable fue, que usted me las mató, señor Redd. Me hizo una mala faena… Claro, falló el empujón que le di. Pero me queda «Matti», la mejor, la que siempre me obedece… Y me obedece a la primera… Por lo que, así que le ordene que se lance sobre usted, lo hará sin perder un solo instante…

—No se olvide — dijo Cornell Redd — que si maté a dos, puedo matar a la tercera.

—En aquella ocasión — se rió Dorian entre dientes — usted tenía una automática bajo la axila.

—Ahora también.

—Pero existe una diferencia — aclaró Dorian—, ahora la tiene usted descargada. Yo me he encargado de este pequeño pormenor.

Un pormenor que Cornell Redd no tardó en comprobar si era o no cierto. Efectivamente, lo que se estaba temiendo, la pistola no tenía balas. Se las habían quitado.

—Muy listo, Dorian —dijo el joven.

—No sólo usted va a serlo… — se rió de nuevo. Y queriendo ir directo al desenlace—¡«Matti», mátale!

La enorme serpiente se lanzó sobre Cornell Redd. A una velocidad incomprensible, realmente demoníaca. Al parecer, al menos, no le dio tiempo para nada.

Los presentes vieron cómo, en unos segundos, la serpiente había dado varias vueltas alrededor del cuerpo del joven.

Melania gritó.

Jessica aún más fuerte.

Mara Sanders se quedó como si su mente no diera cabida a tanto horror.

Dorian se rió por tercera vez.

Pero Cornell Redd, de pronto, dejó ver su diestra, que sujetaba fuertemente un afilado cuchillo. Un cuchillo que sin vacilaciones clavó en la garganta de la serpiente, rasgando hacia abajo con todas sus energías.

No bastó aquello para quitarle la vida. Pero Cornell Redd volvió a clavar el cuchillo, una y otra vez… Finalmente, la serpiente fue aflojando la fuerza de su cuerpo y quedó inmóvil en el suelo.

Dorian no terminaba de dar crédito a lo que veía. Pero se vio

obligado a reaccionar, comprendiendo que debía escapar antes de que fuera tarde.

Pero antes de correr hacia la puerta de salida, pasó junto a Mara Sanders y le arrebató las cuarenta mil libras. Después echó a correr como un desesperado hacia la puerta principal del caserón, a través del amplio vestíbulo.

Se llevaba la idea de huir por la orilla del pantano. Seguro que por allí nadie se atrevería a seguirle.

Sin embargo, se hacía demasiadas ilusiones. Pecaba de optimista. Cornell Redd le alcanzó a los pocos metros.

Dorian quiso defenderse, pero el joven le propinó un derechazo y así acabó la cosa, sin más complicaciones. La verdad es que no tuvo ni para empezar.

Por lo demás, ya llegaba la policía.

Cornell Redd había mandado llamarla.

—Si quieres, regresamos juntos a Londres—le dijo Cornell a la muchacha—. Te llevo en mi coche.

—Si no te molesto…—sonrió Jessica.

—Un coche nuevo y una chica tan guapa como tú a mi lado, ¿qué más puede pedir un hombre? — bromeó él.

—Una rubia platino.

—Desde ahora, sólo tú…—prometió solemnemente. Y añadió—: Además, que ya lo viste… Creías que me iba tras ella, y sólo me fui a Londres a buscar lo que necesitaba para esclarecer…

—… una terrible historia.

—De la que hemos sido protagonistas. Y los protagonistas, en los filmes, en las novelas, ¿sabes tú cómo suelen acabar…?

—Sí — asintió ella.

—Casándose — puntualizó Cornell Redd.

FIN